

DESDE 8 AÑOS

Cómo domesticar a tus papás

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns

¿Quieres que tus papás te manden todo el tiempo? Claro que no. ¿Quieres que se porten bien y hagan lo que tú dices? ¡Claro que sí! ¿Te parece un poco cruel y sumamente espantoso? No lo es. Piensa que ellos hasta compran libros para que no te den pataletas. El secreto es lograr que estén contentos. Si ellos están felices, tú estarás feliz también. Así conseguirás lo que todos siempre hemos querido. Aprenderás cómo domesticar a tus papás.



www.habiaotravez.com

ALFAGUARA
INFANTIL



ALFAGUARA

Mauricio Paredes

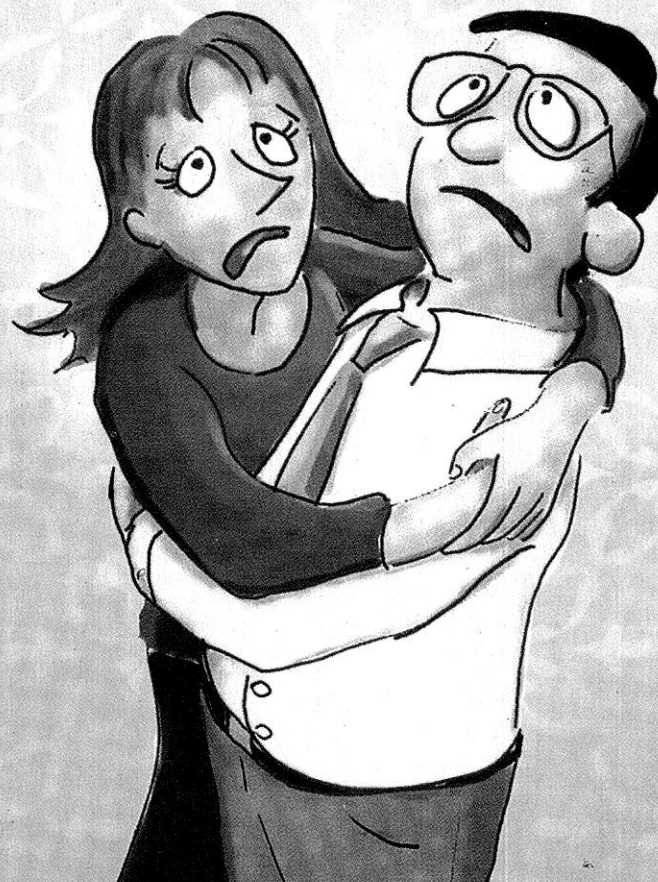
Cómo domesticar a tus papás

ALFAGUARA INFANTIL

Cómo domesticar a tus papás

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns



Para mi querida Nancy Cárdenas.

El problema de competir con uno mismo es que cuando se gana, se pierde.

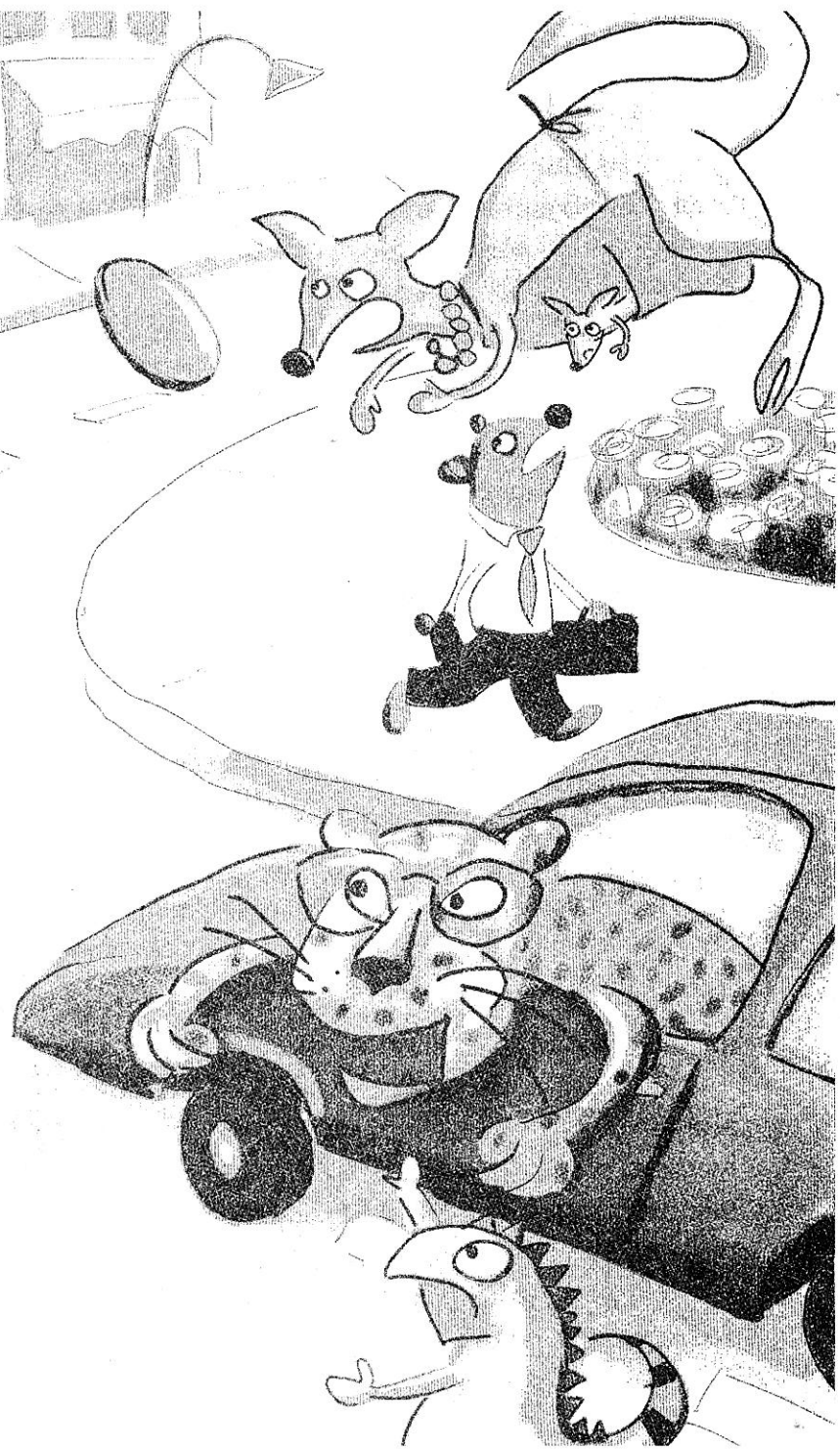
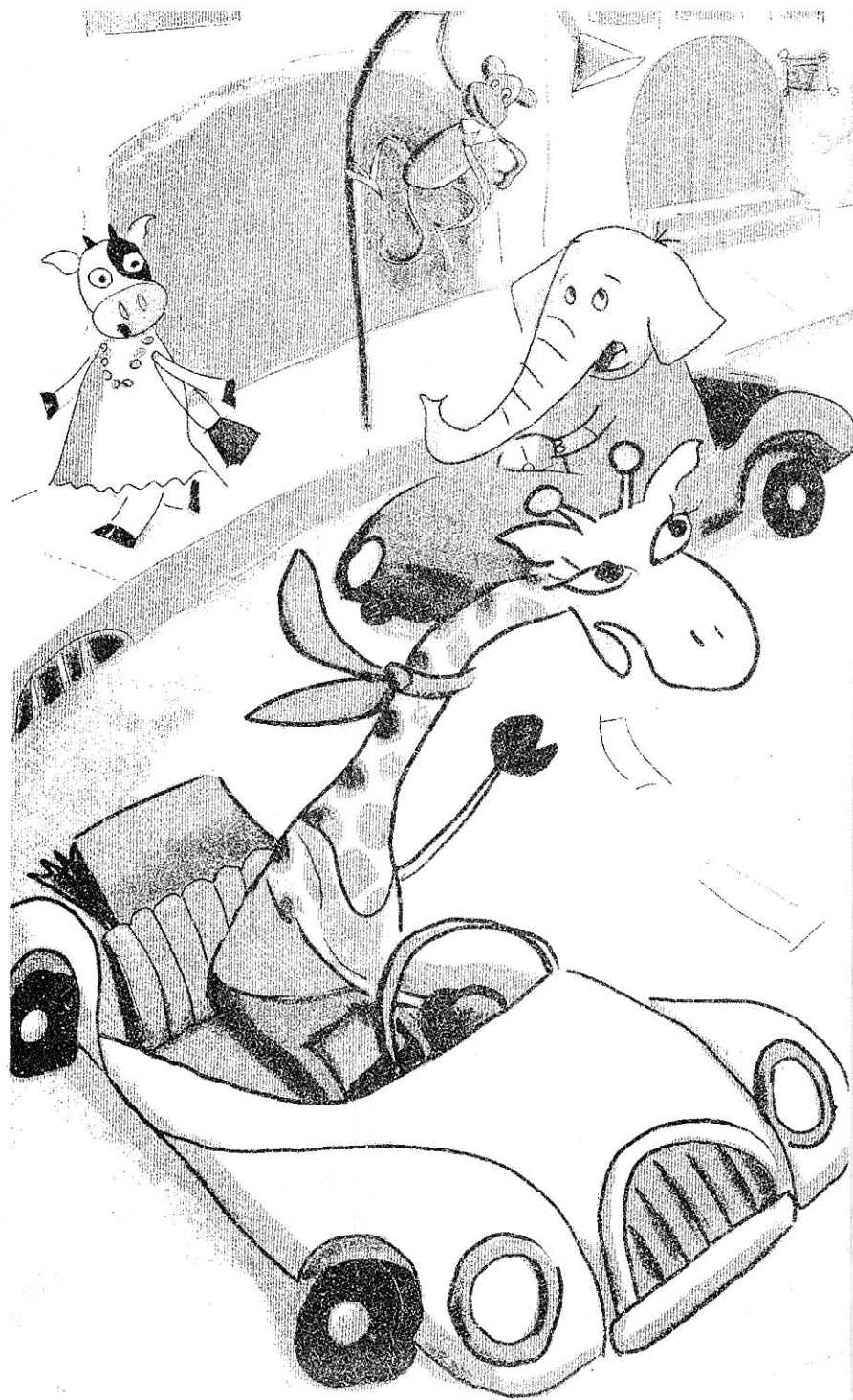
Animales



Los papás son unos animales.

Sí, es verdad, porque, tal como nosotros, pertenecen al reino animal. Claro que eso de que pertenezcan a un reino no significa que sean reyes, a menos que en verdad sean reyes reales y tengan coronas y castillos y todas esas cosas reales, es decir, de la realeza. En todo caso, hay algunos papás que son más animales que otros, o al menos eso dice mi papá, sobre todo cuando maneja. Normalmente es un señor muy normal, pero su normalidad se acaba cuando agarra el manubrio. Es impresionante cómo se transforma y se pone furioso con los papás que van en los otros autos. Baja el vidrio con desesperación y grita: ¡Animal, animal!

Yo no sé qué opinarán los animales de todo esto, me refiero a que los usen a ellos como insultos. Por suerte no comprenden nuestro idioma. Aunque quién sabe, tal vez en el suyo, cuando se enojan, se gritan: ¡Humano, humano! Sería divertido descubrirlo.



Es muy curioso esto de que los papás usen al reino animal para pelear. Yo nunca he oído que se digan, por ejemplo, ¡vegetal, vegetal! o ¡mineral, mineral! Personalmente, yo prefiero ser animal que ser piedra.

Al igual que todos los demás animales, los papás necesitan muchos cuidados, pero por sobre todo cariño. Si no, se ponen tristes y andan con los ojos brillantes y el trasero caído. Cuando eso les pasa, dicen que «están deprimidos». También necesitan una buena disciplina, de lo contrario, se ponen feroces y hasta gruñen. No sé si muerdan, pero me da miedo tratar de averiguarlo. A eso le llaman «estar estresado». En resumen, lo importante es tenerles reglas claras, para que sepan quién tiene el poder, es decir, tú. Si no, muy pronto se ponen desobedientes y mandones. ¿Quieres hacer todo el tiempo lo que ellos dicen? ¡Claro que no! ¿Quieres que se porten bien y hagan lo que tú quieres? ¡Claro que sí! Entonces hay que partir por conocerlos muy bien. Investigar sus hábitos y mañas.

No se trata de enseñarles trucos, como atrapar un disco en el aire, aunque pensándolo bien eso sería genial. La idea principal es lograr que estén contentos. Si ellos están felices, tú estarás feliz también. Ese es el gran secreto. Pero no es fácil lograrlo, para nada. Hay que tener una estrategia, mejor dicho, un plan perfecto para do-

minarlos. ¿Te parece un poco cruel y sumamente espantoso? No lo es. Piensa que ellos hasta compran libros para que no te den pataletas ni te pongas rebelde. Tampoco se trata de ser malos o vengativos. Recuerda que, aunque parezca imposible, es muy fácil transformarse en adulto. Sólo hay que esperar el tiempo suficiente.

Tus papás son unos animales, es verdad, pero pueden ser animales bondadosos y simpáticos con tu ayuda. Y para eso estamos aquí. Para revelar todo lo que los adultos no quieren que sepamos de ellos, o que no se atreven a decir. Esta es una de las misiones más importantes de tu vida. Debes utilizar tus poderes y tu fuerza mental... fuerza mental... ¡Fuerza mental! Con tanta fuerza mental, la recompensa será enorme. Conseguirás lo que todos siempre hemos querido. Aprenderás cómo domesticar a tus papás.

¿Existen los papás normales?



Mi papá es normal. Es sumamente normal. Mi papá es tan normal que llega a ser raro de lo normal que es. Yo creo que nadie en el mundo es más normal que él. Se podría decir que es único en su normalidad.

A mi papá le gusta hacer cosas normales. Tan normales como, por ejemplo, comer. Como es un humano muy normal, entonces le gusta mucho comer. Por eso tiene una buena barriga, lo cual es totalmente normal en el caso de los papás. Al parecer, cuando era niño era igual de normal que ahora, porque yo he visto fotografías y tenía la misma panzota. Lo malo es que sus compañeros de colegio lo molestaban. Seguramente no comprendían su normalidad.

El punto es que con tantas bromas feas y apodosos pesados, a mi papá normal «se le creó un complejo», como dice mi mamá. Yo no estoy tan seguro, porque busqué la palabra «complejo» en el diccionario y decía cosas muy enredadas. Quiero decir que «complejo» significa enredado

y que el diccionario lo explica en forma enredada también. En resumen, era todo un enredo y resulta que mi papá es justamente lo contrario. Él es un señor muy simple, porque, como ya sabemos, es una persona total y absolutamente... normal.

Puede que mi mamá esté equivocada, pero también puede que la culpa sea del diccionario. No hay que confiar demasiado en los diccionarios. El que tenemos en mi casa, por ejemplo, se llama «Pequeño diccionario de bolsillo» y es del porte del maletín de mi papá. Tiene más de mil páginas y pesa como si estuviera hecho de cemento. A mí no me cabe en el bolsillo, precisamente; tendría que ser el bolsillo de un gigante.

Lo único extraño de mi papá únicamente normal y acomplejado, es su nombre. O sea, su nombre es perfectamente normal, se llama Leonardo. Tampoco su apellido es extraño, de hecho es un apellido de lo más normal. El apellido de mi papá es Pardo. Por lo tanto, mi papá se llama Leonardo Pardo, lo que probablemente sería el nombre más normal del mundo si no fuera porque a los que se llaman Leonardo les dicen Leo. Ahí fue donde se produjo la falla: mi papá es Leo Pardo.

Nunca he podido saber si mis abuelos se dieron cuenta de este problema cuando lo bautizaron. Cada vez que he preguntado, mi papá em-

pieza a hacer pucheros con la boca y mi mamá se apura en decirme que no hable de eso, porque es un tema «vudú», o algo parecido. Yo busqué la palabra «vudú» en nuestro diccionario de bolsillo de gigante y decía cosas rarísimas acerca de hacer magia y pinchar muñecos con alfileres. Lo de la magia no lo creo y con muñecas yo no juego.

A fin de cuentas, no puedo saber si mis abuelos le pusieron Leo Pardo intencionalmente o si fue la máxima casualidad del universo, pero cada vez que mi papá debe decir su nombre, la otra persona se transforma mágicamente en humorista. Quizás el diccionario no estaba tan equivocado con eso de la magia. Por ejemplo, imaginemos cualquier oficina donde hay que tomar un número para poder esperar, para poder hacer fila, para poder hacer un trámite muy aburrido.

—Nombre —dice el señor que atiende, con una voz que más que de ser humano parece la de uno de esos robots a los que se les aprieta un botón y repiten siempre las mismas cosas. Quizás el diccionario no estaba tan mal con eso de los muñecos. ¿Pero y los alfileres?

—Pardo, Leonardo —dice mi papá, tratando de que el señor con voz de muñeco no se dé cuenta.

Pero nunca le resulta.

«Le-o-nar-do», escribe, muy lentamente, el hombre muñeco. Cuando está escribiendo el

apellido es el momento en que se le abren los ojos como si hubiese descubierto la forma de viajar en el tiempo. «Par-do».

—¡Leonardo Pardo! ¡Leo Pardo! —grita, saltando de felicidad.

—Sí, señor, Leonardo Pardo —responde mi papá, tratando de seguir respirando de manera normal.

—¡Leo Pardo, leopardo! —sigue gritando, y entonces llama a algún compañero de trabajo que anda por ahí, de ocioso—. ¡Mira, Pancho, tenemos a un leopardo en la oficina!

Ahí Pancho se acerca, lee el nombre de mi papá y también se transforma, por arte de magia,



en cómico. Así son el dúo de muñecos del humor y empiezan a decir chistes que ellos encuentran graciosos, pero mi papá no y yo tampoco.

—¡A ver, señor Leo Pardo, ruja, si fuera tan amable! —dice el de la voz de robot.

—Sí, haga ¡Grrr! —agrega Pancho.

—¿Y dónde tiene las manchas? —se pone creativo el robot, mientras el otro se agarra la barriga de tanta risa.

Y a propósito de panza, como ven que mi papá es un hombre normal y tranquilo, se ponen cada vez más abusadores.

—Oiga, parece que está bien alimentado el leopardo, ¿cierto? —dice Pancho, y le da unos golpecitos en el estómago, como si fuera un tambor.

—O capaz que se haya tragado al leopardo —ahí los dos graciosos ya están llorando de la risa.

—Por favor —dice mi papá—, ¿podríamos hacer el trámite?

Entonces los oficinistas humoristas se echan para atrás, exagerando sus movimientos.

—¡Cuidado, Pancho, se puso feroz el leopardo!

—¡Sacó las garras!

—¡Uy, qué miedo! —dicen y se abrazan, pero no de miedo, sino que de burla.

Después, el muñeco con voz de robot le pasa a mi papá un papel, de esos por triplicado.

—Ya, ya, no es para tanto, señor Leo Pardo. Es solamente una broma, no se ponga gruñón —le dice mientras el otro se tiene que apretar los labios para no estallar en carcajadas.

—Está bien —responde mi papá, tan educado como siempre, y luego mira el papel que le pasó el humorista número uno—. ¿Qué debo hacer?

—Rasguñe en la esquina de abajo nomás, o sea, ponga su firma, digo.

En ese momento se vuelven a abrazar y Pancho felicita al robot, pero solamente dándole unas palmadas en la espalda, porque no es capaz de hablar. Trata de decir algo, pero le viene un ataque de risa y se tiene que agachar de nuevo, apoyando las manos en sus rodillas. Después se endereza para secarse las lágrimas y respirar como si hubiese corrido mil maratones seguidas.

Finalmente nos vamos. Después de cruzar la puerta de vidrio, miro a mi papá hacia arriba y le tomo la mano. Él me mira de vuelta y hace una pequeña sonrisa.

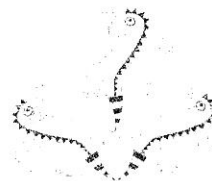
—No fue tan malo —me dice—. Podría haber sido peor.

Y es verdad, porque esta vez no le preguntaron su segundo apellido, que también es muy normal. El segundo apellido de mi papá es Manso. Así es, mi papá es Leo Pardo Manso.

Seguimos caminando y yo le aprieto la mano. Él me la toma firme también. Es cierto, otras veces ha sido peor. Siento en mi garganta como si me estuvieran clavando una aguja.

Mi papá es el hombre más normal del mundo. Llega a ser raro de tan normal. Y yo lo quiero tal cual es.

Genio mal genio



Mi vecino se llama Horacio y su papá *no* es normal. Es cualquier cosa excepto normal. Se llama Segismundo Toro y además es Bravo. Quiero decir que su nombre completo es Segismundo Toro Bravo, y también que es sumamente bravo y genio, pero malo. Quiero decir que es genio porque es superdotado, pero también porque es muy mal genio. O sea, no es que quiera hacer maldades con su genialidad, como dominar el mundo o cosas así. En ese sentido es un buen genio. Tampoco me refiero a que sea malo en su trabajo de genio, de hecho las empresas le pagan, simplemente, por sus ideas tan geniales. En ese sentido también es buen genio. Pero igual es mal genio. Mejor voy a dar un ejemplo para demostrar que el papá de mi vecino Horacio es un genio mal genio.

Una de las empresas para las que trabaja el papá de Horacio es el laboratorio químico y farmacéutico más grande del mundo. Su dueño se llama Capiloberto Calvo y la empresa se llama Laboratorios Calvo.



El señor Calvo le pidió al papá de Horacio que inventara una fórmula para hacer crecer el pelo. Entonces el papá de Horacio la inventó.

A los papás les preocupa mucho que se les caiga el pelo y quedarse pelados, o calvos, como se dice. Resulta que el señor Calvo es calvo. Quiero decir que... bueno, se entiende, y no es necesario dar tantas explicaciones.

Un día, Segismundo Toro Bravo le envió el tónico para hacer crecer el pelo al señor Capiloberto Calvo, dueño de Laboratorios Calvo. Al otro día, el señor Calvo llamó por teléfono al papá de Horacio.

—Aló, ¿señor Toro Bravo?

—Dígame, Capiloberto Calvo —adivinó el papá de Horacio (recordemos que es genio).

Hasta ahí iba todo normal, Segismundo estaba tranquilo, o manso, como se dice.

—Ejem —tosió el señor Calvo, o mejor dicho, hizo como que tosía—. Quiero comunicarle que hubo un problema con su fórmula.

Ahí apareció el genio mal genio.

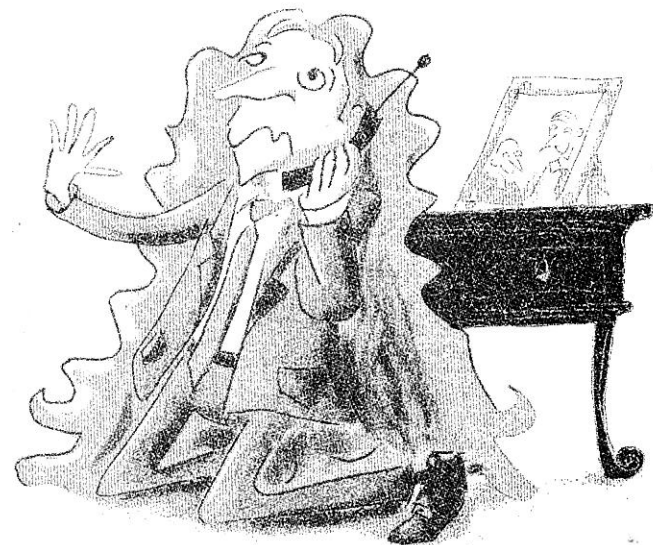
—¡Qué! —bramó Toro Bravo—. ¡Cómo se le ocurre decir semejante disparate! ¡Mi fórmula garantiza el crecimiento de mucho pelo!

—Calma, Bravo, digo, señor Toro Bravo —contestó muy nervioso Capiloberto—. Justamente ese es el problema. Su tónico hace crecer mucho pelo, la verdad, demasiado. Yo mismo lo apliqué en mi propia cabeza y ahora tengo una frondosa cabellera. Ya no soy más calvo. Es decir, sí soy Calvo de apellido, pero... bueno, usted me entiende.

—¡No! ¡No le entiendo! —bufó el papá de Horacio.

—Es que mi apellido es Calvo y antes era calvo, pero ahora...

—¡Sí, eso sí lo entiendo, Calvo ex calvo! ¡Lo que no entiendo es cuál es el problema! —le gritó, al mismo tiempo que raspaba el suelo con los zapatos, de tanta rabia que tenía.



— Tal como le digo, es demasiado cabello. Me llega hasta el suelo y además es rizado y pelirrojo.

Ahí apareció el toro bravo.

— ¡Ah, no! ¡Esto es el colmo! ¡Además de alegador, me viene a salir usted vanidoso! ¡Esto no lo voy a tolerar! ¡Mire lo que voy a hacer con la fórmula! ¡O mejor dicho, oiga por el teléfono!

Entonces el papá de Horacio empezó a comerse los papeles con la fórmula que había inventado. Y puso su boca muy cerca del teléfono, para que el señor Capiloberto Calvo lo oyera bien.

— ¡Escuche, Calvo! ¡Escuche cómo me como la fórmula para hacer crecer el pelo que inventé!

— ¡No, no lo haga, señor Toro Bravo, se lo suplico de rodillas! —le rogó el dueño de Laboratorios Calvo.

— ¡Sí, sí lo hago! ¡Ñam, ñam, ñam! ¡Muerdo, masco, mastico y trago! ¿En realidad está de rodillas?

— Sí, Segismundo. Si quiere me puedo sacar una foto con el teléfono y se la mando para que vea cómo estoy de rodillas, con mi cara tocando el suelo y mi frondosa cabellera colorina y rizada repartida por toda mi oficina de Laboratorios Calvo.

— ¡Ja ja ja!

— ¿No debería ser ja, ja, ja? —le preguntó el melenudo Calvo.

— ¡Yo me río como quiero! Además...

Luego, hubo un silencio.

— ¿Señor Toro Bravo? ¿Está ahí todavía?

— Sí, aquí estoy. Es que tenía la boca llena y es mala educación hablar así. Pero ya me tragué todos los papeles, así que olvídese de la fórmula. Se acabó el asunto para siempre.

El señor Capiloberto Calvo se puso a llorar.

— ¿Y ahora qué hago con todo este pelo crespo y pelirrojo?

— Puede raparse y queda tal cual como antes.

— ¡Qué idea tan genial! —saltó de alegría el señor Calvo. Bueno, supongamos que saltó, porque estaba al otro lado del teléfono—. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí?

— Por algo yo soy genio y usted no —le respondió el papá de Horacio.

— ¡Gracias, gracias, señor Toro Bravo! ¡Ahora mis lágrimas son de felicidad! Si quiere lloro sobre mi teléfono para que le lleguen y vea que es cierto. ¿Cómo puedo agradecerle?

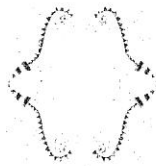
— No llore y págume el doble.

— ¡Por supuesto! ¡El doble! ¡Mejor dicho, el triple! ¿Le parece bien?

— Bueno ya.

El papá de Horacio, mi vecino, no tiene nada de normal. También queda demostrado que es mal genio. Pero hay que reconocer que realmente es un genio.

Caca



Mi tío Erasmo no es mi tío, pero es como si lo fuera. Es algo así como primo político de mi mamá. Se criaron juntos y es como si fueran hermanos, pero no. Mi tío Erasmo tiene una tía abuela viejísima, milenaria. Se podría decir que tiene todos los años, bueno, quizás no tantos, pero como mínimo un número entre cien y doscientos. En realidad, ella no es tía abuela de mi tío Erasmo, que en realidad tampoco es mi tío, pero es como si lo fuera. Parece que es algo así como tía abuela política de él. Por lo tanto, y para resumir, no tengo idea qué especie de pariente es ella de mí y tampoco sé por qué la política tiene tanto que ver con esto. Ella se llama tía abuela Amaranta Melania y es millonaria.

Mi tío Erasmo vive con nosotros desde hace algunos años. Llegó cuando yo era más niño, cuando él se arruinó, como dice mi mamá. Y no fue que se echara a perder como un robot que se quema y explota, gritando ¡peligro, peligro! No, no fue así. Tampoco fue por culpa de que yo

fuera niño. Lo que pasó fue que se quedó pobre. O mejor dicho, se gastó toda la plata. O aún más mejor dicho, la tía abuela Amaranta Melania se aburrió de darle plata todas semanas porque, como dice mi mamá, se la gastaba en puras tonterías y era flojo, holgazán... y ahí mi mamá dice una palabra que nunca entiendo bien, pero estoy casi seguro que es «alacrán». Yo sé lo que es un alacrán, es como un escorpión, pero de todas formas no resistí las ganas de buscarlo en el diccionario y decía «arácido cuya cola termina en un aguijón venenoso». Al principio pensé que mi mamá o el diccionario estaban equivocados, pero después pensé más y comprendí que tenían toda la razón, porque la cola de mi tío Erasmo, es decir su trasero, es realmente venenoso y sumamente tóxico. Cuando va al baño, sale tan feliz como si hubiese completado un álbum de láminas y levanta los brazos y dice: «¡Obré, obré! ¡Hice una obra maestra!». Mi mamá le dice que es un asqueroso y si yo estoy por ahí, mi tío Erasmo me advierte: «Cuidado, Lucas, no vayas a entrar al baño, porque hay una araña gigante». Siempre es la misma broma, pero a mí me da risa igual.

Una vez, para mi cumpleaños, mi tío Erasmo comió tanto que tuvo que partir corriendo a encerrarse en el baño, con la sección de deportes del diario debajo del brazo. Estuvo ahí más de tres horas y todos estábamos desespera-

dos por usarlo. Me refiero al baño, no al cuerpo de deportes del diario. Mi mamá estaba preocupada y le tocó la puerta varias veces.

—Erasmus, ¿estás bien?

De adentro del baño sólo se oían unos quejidos de dolor espantosos. Mi mamá se asustó.

—¡Erasmus, vamos a tener que llevarte al hospital! ¡Por favor, sal!

Finalmente, se escuchó un grito como de araña gigante, luego silencio y después salió mi tío Erasmo saltando de felicidad.

—¡Victoria, victoria! ¡Esto debe ser un récord mundial! ¡Ven, Lucas, ven a apreciar la máxima obra maestra de tu tío!

Mi mamá corrió y se abalanzó para atajarme. Le habló a su primo con la cara roja de rabia.

—¡Erasmus! ¡No se te ocurra semejante cochinado! ¡Esto ya se salió de la raya!

Mi tío Erasmo sonrió.

—Bueno, si tú lo dices...

En ese momento nos dimos cuenta de que mi vecino Horacio había caminado hasta la puerta del baño, lentamente, y miraba con ojos de huevo frito lo que mi tío Erasmo había hecho en el escusado.

—¡Horacio! —gritó mi mamá y dio vuelta a Horacio, que estaba paralizado, y después cerró la puerta del baño—. ¡Reacciona, Horacio, por favor! —le dijo y lo abrazó—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo miedo —respondió Horacio, con la cara verde y el cuerpo tiritando.

—¿Viste la expresión de tu amigo, Lucas? —me dijo mi tío Erasmo—. Parecía hipnotizado, ¿verdad? Es porque era tan larga como una serpiente y sobresalía de la taza y seguramente...

—¡Erasmus, basta! —gritó mi mamá, con ese tono que solamente usa cuando la situación es de extrema gravedad.

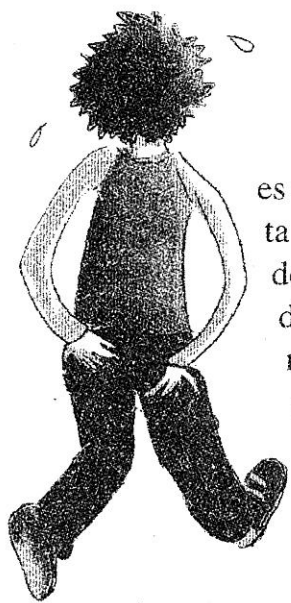
De inmediato mi tío se quedó inmóvil y en absoluto silencio. Sólo se escuchaba la respiración honda de Horacio tratando de recuperarse de las náuseas. Con sus soplidos se movían las orillas de las hojas del cuerpo de deportes del diario, que mi tío Erasmo tenía debajo del brazo.

Mi mamá tuvo que llevar de la mano a Horacio hasta su casa, pero antes de salir, cuando estaban justo en la puerta, ella se dio vuelta y miró a mi tío Erasmo con unos ojos que parecía que iban a tirar rayos láser, o por lo menos fuego como de lanzallamas.

—¡Madura! —le dijo, y después volvió a darse media vuelta para irse.

Mi tío esperó a que mi mamá estuviera lo suficientemente lejos como para que no lo pudiera oír y se sentó en el sillón.

—Madurar... las peras maduran, las sandías maduran. ¡Yo tengo alma de niño! —dijo, abriendo el cuerpo de deportes.



Y es verdad, mi tío Erasmo es como un niño en gigante. Le gusta hacer cosas de niño, como hablar de la caca, y no soporta hacer cosas de grande, como ir a trabajar. Además, no es papá de nadie, aunque siempre me dice que yo soy como un hijo para él, pero ya sabemos que no puede ser, porque ni siquiera es mi tío de verdad.



El pobre Horacio quedó tan espantado con la obra de mi tío, que no quiso ir más al baño. O sea, sí podía ir a ducharse, cepillarse los dientes y hasta a hacer pipí, pero no a lo otro... más sólido... bueno, se entiende, no nos pongamos asquerosos.

Cuando ya habían pasado veinte días en que Horacio no lograba «evacuar», su papá, don Segismundo Toro Bravo, llamó a mi mamá para preguntarle qué debía hacer.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—¡Hay que llamar al doctor! —gritó mi mamá tan fuerte, que el señor Toro Bravo la escuchó por el teléfono y también en directo por el aire.

Entonces vino el doctor y preguntó cuáles eran los síntomas.

—Como usted puede ver, don Doctor —dijo el papá de Horacio—, este muchacho está muy amarillo y además se pasa todo el día corriendo por la casa, agarrándose el trasero mientras llora.



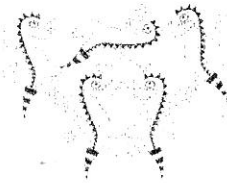
Ahí fue cuando el doctor se puso sus guantes de goma y entraron él, mi mamá, Horacio y el papá de Horacio, todos juntos, al baño. Mi tío Erasmo y yo nos quedamos afuera esperando, porque no cabíamos. En ese instante se oyó un grito como de araña gigante y después silencio. A los pocos minutos salió el doctor con un frasco de vidrio en la mano. Dentro del frasco estaba... bueno, lo que Horacio tenía adentro y no había querido salir por veinte días.

—¡Tiene forma de pera! —dijo mi tío Erasmo.

Todos observamos el frasco y vimos que era cierto. Parecía pera, pero una pera hecha de... bueno, se entiende, no hay para qué ser asquerosos. Hasta Horacio, que estaba abrazado a la cintura de mi mamá y todavía sollozaba un poco, miró, y creo que hizo una pequeña sonrisa de triunfo.

—¡Felicitaciones, joven! —le dijo mi tío Erasmo y le palmoteó la espalda—. Yo, a tu edad, jamás hice algo semejante. Estás destinado a ser un campeón mundial y salir en las páginas del cuerpo de deportes del diario. Piensa en el futuro. Si ahora fuiste capaz de hacer una pera, cuando madures ¡vas a hacer una caca del porte de una sandía!

Mascotas



La tía abuela Amaranta Melania no fue millonaria de nacimiento. Su marido trabajaba mucho y le daba la plata. Ella siempre ahorró. Al final de cada mes, descosía una compuerta secreta que tenía en el colchón de su cama, sacaba un poco de lana, metía los billetes y volvía a coser la abertura. Para cuando quedó viuda, el colchón entero estaba relleno de billetes. Había algunos billetes sumamente viejos, viejísimos, tan viejos como ella misma, tan viejos que ahora valían mucho más que cuando eran nuevos. Ella se los vendió a un coleccionista, que además era dueño de un laboratorio químico farmacéutico, y entonces fue que quedó tan millonaria como vieja.

La tía abuela Amaranta Melania también trabajó toda su vida, pero no en una oficina como su marido, sino que como dueña de casa y cuidando a sus veintinueve hijos.

—¡Tantos! No puede ser cierto. Es una exageración —me dijo Horacio cuando se lo conté.

—Bueno, Horacio, no es tan así, lo que pasa



es que no son hijos humanos, sino iguanas verdes —le expliqué—. Veintinueve iguanas verdes, todas con sus respectivos veintinueve nombres y veintinueve apodos de cariño también.

—¿Cada iguana tiene veintinueve nombres y veintinueve apodos?

—Eso no lo sé, Horacio. No creo. ¡No exageremos! ¡Ni tampoco gritemos! No hay que excederse.

El punto es que la tía abuela Amaranta Melania las cuida como si fueran sus hijos. Les da todo su cariño y toda clase de atenciones especiales. Por ejemplo, collares de tallarines pintados con témpera y unidos con una lana, o bufandas, abrigos y gorros para el invierno. Todo hecho por ella misma. Hasta les construyó un triciclo en miniatura, pero solamente uno, no exa-

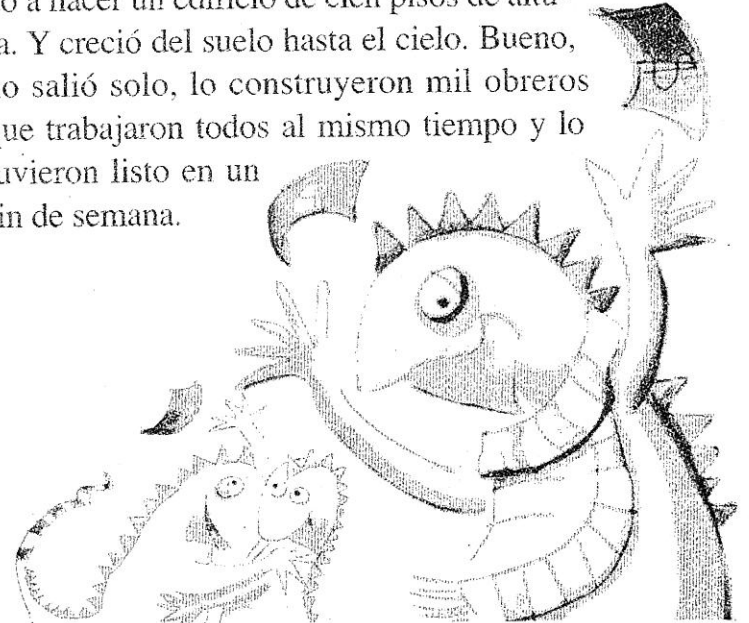
geremos. Entonces tienen que hacer turnos para pedalear un rato cada una.

—No te creo nada. Estás exagerando.

—¿Exagerar yo? Los papás son los exagerados, bueno, en este caso las mamás, aunque sea una mamá postiza de veintinueve iguanas verdes. Muchas veces, los adultos parece que quisieran más a sus mascotas que a sus propios hijos. Como la tía abuela Amaranta Melania nunca tuvo hijos humanos, al menos que ella supiera, entonces podía darle todo su amor de madre a sus iguanas. Pero lo realmente exagerado fue lo que hizo con sus millones.

—Ahora quizás con qué cosa vas a salir.

—Salió un edificio, pero yo no tuve nada que ver, Horacio. La tía abuela Amaranta Melania, para celebrar sus primeros cien años de vida, mandó a hacer un edificio de cien pisos de altura. Y creció del suelo hasta el cielo. Bueno, no salió solo, lo construyeron mil obreros que trabajaron todos al mismo tiempo y lo tuvieron listo en un fin de semana.



— ¡Eso es imposible!

— Fue un fin de semana largo.

— Ah, eso sí es posible.

— Claro, y también es posible que vayamos un día a andar en bicicleta en el comedor de la mansión de la tía abuela Amaranta Melania. Como mi tío Erasmo es una especie de sobrino nieto político de ella y como yo soy una especie de sobrino político de mi tío Erasmo, entonces ella me deja ir, porque soy algo así como su sobrino bisnieto político al cuadrado. Y eso sin exagerar.

Es verdad que la tía abuela Amaranta Melania quiere mucho a mi tío Erasmo, pero como él es un hombre adulto, me refiero a que es humano, entonces lo reta porque es flojo y no le gusta trabajar. A veces creo que mi tío Erasmo preferiría ser iguana verde y entonces ser mascota de la tía abuela Amaranta Melania. Así tendría gorros de colores y collares de tallarines y podría jugar a las escondidas en el bosque nativo que hay en el jardín de la mansión de la tía abuela Amaranta Melania. Además, así serían treinta y no veintinueve, que es tan largo de decir y tan difícil de escribir.

— Y tal vez podría conocer a alguna iguana que le guste y casarse.

— ¿Qué? ¡Qué dices, Horacio! Pero si serían como sus hermanas. ¡No exageremos!

Trabajo



Antes, yo creía que cuando los adultos iban a trabajar, trabajaban. No estoy diciendo que no trabajen, pero yo pensaba que trabajaban todo el tiempo. Porque eso es lo que ellos esperan que nosotros hagamos en el colegio. Los profesores esperan que pongamos atención durante toda la clase. Los papás esperan que tengamos buenas notas, y para eso no basta con concentrarse en el colegio, sino que también hay que hacer tareas y estudiar en la casa. Mi clase favorita es el recreo, ahí me concentro muchísimo en jugar y lo paso genial. Si pusieran nota por el recreo, sería el mejor alumno del mundo. Pero, lamentablemente, el recreo no cuenta como una asignatura de verdad. En clases me distraigo mirando por la ventana o conversando en secreto con Horacio, quien además de ser mi vecino de casa es mi vecino de banco, es decir que nos sentamos juntos, porque somos mejores amigos. Pero con lo que más me desconcentro es pensando cuánto hay que esperar para el recreo.

Como mi papá es un hombre normal, cuando va a su trabajo hace lo más lógico y normal que uno podría esperar: trabaja. Pero no todos los adultos son como mi papá. Hay algunos que son flojos. Y hay otros que son más flojos aún. Y hay uno que podría ser el campeón mundial de la flojera: mi tío Erasmo.

Mi papá trabaja en el edificio de cien pisos de la tía abuela Amaranta Melania. Trabajó en el primer piso durante veinte años, creo. Pero la semana pasada llegó a la casa bailando de felicidad porque lo habían ascendido: ahora trabaja en el piso número dos.

La tía abuela Amaranta Melania estaba furiosa, no con mi papá, que es un señor muy normal, a pesar de llamarse Leo Pardo. Estaba furiosa con su sobrino nieto político, es decir, con mi tío Erasmo. Le parecía que era una vergüenza y un escándalo que él siguiera viviendo en nuestra casa, a costillas de mi papá y molestando a mi mamá, que es como su prima política, o algo así. Me refiero a que es como prima de mi tío Erasmo, porque para ser como prima de la tía abuela Amaranta Melania tendría que tener, por lo menos, unos cien años más de los que ya tiene. Y no es que mi mamá tenga cien años, sino que a la cantidad de años que tiene hay que sumarle, por lo menos, como cien más. Yo creo que se entiende.

En resumen, para resolver esta injusticia e inmoralidad, la tía abuela Amaranta Melania decidió contratar a su sobrino nieto, es decir a mi tío, la semana pasada. Lo puso a trabajar en el segundo piso, pero no porque mereciera un ascenso instantáneo en vez de tener que esperar veinte años, sino para que estuviera junto a mi papá. Así, tenía la esperanza de que a mi tío Erasmo se le pegara lo trabajador. Yo, en cambio, me preocupé de que a mi papá se le pegara lo flojo de mi tío. Pero mi papá es tan bueno y tan normal, que eso jamás podría pasar... espero.

Como yo estaba de vacaciones, mi papá quiso llevarme a conocer su trabajo, ahora que lo habían ascendido al segundo piso. Las vacaciones son como un recreo sumamente gigantesco, son espectaculares, son el mejor invento de la humanidad, pero bueno, ahora estamos hablando del trabajo. Fui a trabajar con mi papá. Mejor dicho, él fue a trabajar y yo a mirar como él, mi tío Erasmo y los demás trabajadores trabajaban. Supuestamente, porque no fue tan así.

Como mi tío Erasmo se quedó dormido en la mañana, mi papá se aburrió de esperarlo y nos fuimos los dos solos en el auto. Normalmente mi papá se transforma en un animal feroz cuando maneja, pero esta vez se quedó normal y hasta iba sonriendo. Ni siquiera reclamó contra mi tío Erasmo por haberse quedado dormido otra

vez. Yo creo que iba tan contento, un poco por su ascenso al segundo piso, pero, más que nada, porque iba conmigo. Así podíamos conversar tranquilos durante el viaje. Yo también iba feliz de ir con él. Además, íbamos a su trabajo, no al mío, me refiero al colegio.

Cuando llegamos, mi papá saludó al señor portero, que levantó su gorro para saludarlo de vuelta con una gran sonrisa. A mi papá todo el mundo lo quiere, y eso que es una persona absolutamente normal.

Podríamos haber subido por la escalera, pero mi papá quiso que fuéramos en el ascensor. Yo quedé impresionado cuando vi la cantidad de botones que había, me parecieron muchos más que cien, pero no alcancé a contarlos, porque ya habíamos ascendido hasta el piso donde habían ascendido a mi papá, es decir, al número dos.

— ¡Buenos días, señor Pardo! — lo saludó la señorita secretaria, que tenía un parecido impresionante con mi profesora, la señorita Gerundia.

— ¡Hola, Leo! — le dijo un señor con bigote y cara de personaje secundario, de esos que salen solamente una vez en la historia.

Parecía que todos en el segundo piso estaban felices de que a mi papá lo hubieran ascendido hasta ahí.

El personaje secundario con bigote se devolvió y me desordenó el pelo. Lo hizo para ser

simpático, pero también yo creo que para ser un poco más protagonista.

— ¡Mira, Leo, qué muchacho más despier-to el tuyo! Seguro debe poner mucha atención en el colegio — le dijo a mi papá, y después se agachó para hablarme a mí—. Si sigues así de bien, tal vez, algún día, ¡seas tú quien llegue al tercero!

A mí casi me pareció una ofensa que este personaje secundario pensara que yo no había llegado al tercer año del colegio, pero después me di cuenta de que se refería al tercer piso del edificio. Quizás los pisos de los edificios de oficinas son como los cursos en el colegio. Si es así, mi papá recién va en el segundo. Y si es así, le faltarían noventa y ocho para llegar al piso de la tía abuela Amaranta Melania y ser el dueño de la empresa. Quizás el personaje secundario con bigote era el que, en el fondo, quería ascender y por eso lo decía como si fuera algo que yo quisiera. Pasar de secundario a terciario, o algo así.

— Atención, funcionarios, atención — se escuchó una voz de señora milenaria por los parlantes que había en el techo—. Se solicita la presencia del señor Leo Pardo en el despacho de la dueña de la empresa, o sea que suba a mi oficina en el piso cien, o sea que vengas a hablar una palabrita conmigo, querido Leo — mi papá abrió los ojos hasta que le quedaron redondos y se quedó paralizado. Después de unos segundos, los parlan-

tes volvieron a sonar—. Posdata: soy la tía abuela Amaranta Melania —y colgó. Y mi papá saltó de su asiento y fue corriendo hasta el ascensor.

—Espérame un momento, Lucas —me dijo antes de salir disparado—. Voy y vuelvo. Juega con los lápices si quieres —terminó la oración jadeando y ahí se agarró la panza para poder correr más rápido.

Yo me quedé mirando mientras me quedaron mirando la señorita secretaria parecida a mi profesora Gerundia y el personaje secundario con bigote. Después me puse a jugar con los lápices, un poco de forma automática, porque no se me ocurrió nada más que hacer en ese instante para que dejaran de mirarme. Pero al instante siguiente me distraje y me puse a mirar por la ventana.

Desde el segundo piso, las personas se ven casi del mismo porte del que realmente son. Yo los miraba mientras ellos caminaban apurados, unos para un lado, los otros para el otro. Pensé que si se hubiesen puesto de acuerdo en estar en el lugar que estaba el otro, no tendrían para qué haber caminado apurados, porque ya estarían donde querían estar. No tendrían para qué ir, porque ya habrían llegado.

Tomé el lápiz verde y traté de dibujar una iguana. Me quedé pensando dónde estarían, en ese preciso momento, las veintinueve iguanas verdes, que eran las mascotas tan queridas de la

tía Amaranta Melania. En qué veintinueve lugares de ese enorme edificio de cien pisos de estatura. Una podría estar caminando por los conductos de la ventilación, a punto de caerle en la cabeza a la señorita secretaria. No, pobre mujer, mejor que le caiga en la cabeza al personaje secundario, así salvamos a la señorita, que no le ha hecho mal a nadie, y dejamos feliz al bigotudo que quería tener mayor protagonismo. Otra iguana podría estar en el escáner. Así, cada vez que la copiaran, saldría en la pantalla haciendo gestos divertidos. Muecas, musarañas y hasta un mohín. Aunque no parezca cierto, la palabra mohín sí existe, sale en el diccionario, y significa algo así como poner cara de haciéndose el enojado, o algo por el estilo. Una iguana verde haciendo un mohín en la pantalla, eso sí que tiene estilo.

En eso llegó mi tío Erasmo, sumamente atrasado, con ojeras y sonriéndole a todo el mundo, como pidiéndoles perdón.

—Hola, jeje, hola —dijo al mismo tiempo que apoyaba sus manos en los papeles de la secretaria parecida a la señorita Gerundia y se los dejaba manchados con mermelada de frambuesa—. ¡Uy, perdón! Yo se lo limpiaría, pero tengo huevo revuelto pegado en las mangas de la camisa. ¿Le podría pedir un café? Es que me quedé haciendo un informe hasta muy tarde en la noche.

Yo sé que es cierto que se quedó despier-



to hasta tarde, pero es mentira lo del informe. La verdad es que se quedó jugando con mi consola, porque hace meses que quiere ganarme en el juego de fútbol. Por eso las ojeras también.

En ese momento, mi tío Erasmo se acordó de que se le había olvidado amarrarse los zapatos, pero fue tarde, porque fue cuando se los pisó y se tropezó. Como es grande, casi aplasta al pobre señor de bigote y le botó todos sus trofeos de segundo lugar con los que adornaba su escritorio.

—¡Uy, perdón! —le dijo mientras se levantaba, y sospecho que aprovechó la oportunidad



para refregar sus brazos en la espalda del personaje secundario, dejándole huevo revuelto por todos lados—. Yo te los ordenaría, pero tengo este problema en las manos, tú sabes, la ataxia famosa.

La ataxia no es famosa, pero yo sé lo que es, porque mi tío Erasmo siempre usa el mismo truco en mi casa. Lo busqué en el diccionario y es algo así como ser torpe y descoordinado por alguna enfermedad. Mi mamá le dice que el problema es que tiene los dedos crespos y que es enfermo, pero enfermo de flojo. A mí me da risa y, como el tío Erasmo me cae tan bien, al final siempre soy yo el que hace lo que a él le toca, como por ejemplo levantar los platos después de la comida.

—No te preocupes. Erasmo, mi buen amigo —dijo el personaje secundario de bigote, que tal parece que quiere tener cada vez más actuación en el cuento—. Y no te preocupes por el café, yo mismo te lo preparo y te lo llevo a tu escritorio.

Finalmente mi tío Erasmo se sentó, mejor dicho se desparramó en su silla. Yo estaba sentado al lado de él, porque su escritorio está junto al de mi papá, donde yo me había quedado jugando con los lápices mientras él iba al piso número cien a conversar «una palabrita» con la tía abuela Amaranta Melania. Lo de los escritorios juntos seguramente era parte del plan de la tía abuela Amaranta Melania para que a su sobrino nieto se

le pegara lo trabajador de mi papá. Eso me hizo pensar que, tal vez, en el colegio, la señorita Gerundia nos deja sentar juntos a Horacio y a mí como parte de un plan secreto para que a mí se me pegue lo estudioso de Horacio y se me vaya lo distraído... o flojo. ¡Tal vez soy una especie de mini tío Erasmo! No, eso no puede ser, porque Horacio y yo somos compañeros de banco desde el primer año de colegio, además de mejores amigos y vecinos.

—Y finalmente, mi querido Lucas, he aquí mi obra maestra —me dijo mi tío Erasmo, después de estar una hora entera explicándome todas las trampas que tenía para no trabajar.

Yo me asusté cuando dijo eso de «obra», pero me calmé cuando vi que era algo que solamente tenía que ver con el computador.

Lo que dijo el personaje secundario de bigote cuando trajo el café no lo voy a mencionar, porque ya me tiene aburrido con su afán de protagonismo.

Entonces miré la obra maestra de la flojera de mi tío Erasmo. Había pegado una fotografía en la pantalla de su computador, pero solamente se sujetaba de la parte superior, con cinta adhesiva transparente. Era una foto de la pantalla del mismo computador, pero con un gráfico muy complejo y un montón de números alrededor.

—¿Qué tal? —me sonrió y me dio un pequeño codazo—. ¿No te parece genial? Le tomé

la foto al computador del bigotón del café. Entonces, mira. Levanto la parte de abajo, apoyo esta regla entre la pantalla y la foto y... ¡tac! ¡Perfecto! Puedo jugar todo el día. Y si viene alguien, entonces, ¡tac!, le pego un golpe a la regla con el dedo y cae la foto, que parece como si fuera el trabajo del segundo mejor empleado del segundo piso.

Los dos nos quedamos felices y contentos. Mi tío Erasmo jugando al solitario y yo dibujando iguanas en triciclo. Todo iba perfecto hasta que apareció la tía abuela Amaranta Melania.

—¿Erasmo? —le habló con voz dulce y suave.

Yo pensaba que mi tío estaba muy concentrado en su solitario, porque tenía la taza de café inmóvil y no parpadeaba hacía mucho rato. Pero justo en ese momento roncó como si fuera un animal salvaje. Era una de las trampas que me había enseñado, su técnica de dormir con los ojos abiertos, la que había ido perfeccionando desde que estaba en el colegio.

—¡Erasmo! —gritó la tía abuela Amaranta Melania, con su voz de señora milenaria, pero ahora no por los parlantes, sino que directo en la oreja de mi tío Erasmo.

Ahí vino lo peor.

Mi tío Erasmo despertó de un salto tan grande, que tiró la taza lejos. El café le cayó en-

cima al personaje secundario. Por suerte ya se había enfriado, pero de todas formas quedó empapado y se tuvo que estrujar los bigotes. La taza chocó contra el techo, justo en la rejilla del conducto de la ventilación. Entonces, una iguana verde y grande aterrizó encima de la cabeza del señor bigotudo, que se levantó y se puso a gritar ¡socorro, auxilio, un monstruo, un monstruo! El viaje de la taza terminó cuando se estrelló contra el escáner, que comenzó a funcionar como loco. Cuando el señor secundario había logrado sacarse la iguana verde número uno de la cabeza, lo primero que vio fue la pantalla de su computador, donde aparecía la iguana verde número dos haciendo una mueca, una musaraña, mejor dicho un mohín. La señorita secretaria abrió la boca para decir algo, pero el personaje secundario la interrumpió, porque pareció volverse más loco aun que el escáner y volvió a gritar ¡socorro, auxilio, un monstruo, un monstruo!

—Ya, cálmese un segundo, Segundo —dijo la tía abuela Amaranta Melania. El personaje secundario se llamaba Segundo y su apellido era... mejor ni decirlo—. Y tú, Erasmo —le dijo a mi tío—, vas a subir a conversar una palabrita conmigo —y se lo llevó tirándolo de una oreja.

A fin de cuentas, la tía abuela Amaranta Melania quería conversar «una palabrita» con mi papá para decirle que lo ascendía hasta el piso

noventa y nueve, en premio por su buen trabajo. Las personas se ven como hormigas desde el piso noventa y nueve. A mi tío Erasmo no le tocó una palabrita, sino una palabrota, y tampoco le tocó un premio, sino un castigo. Su condena fue irse a trabajar al subterráneo más profundo del edificio. Por eso había tantos botones en el ascensor.

Mi tío Erasmo subió al ascensor, pero no para ascender, sino para descender. Apretó el botón número menos cien y bajó hasta el centésimo subterráneo, en donde estaría totalmente solo.

Su trabajo consistía en poner los corchetes a las corcheteras, uno por uno.

En un edificio de cien pisos trabajan miles de personas, que usan miles de corcheteras, que usan cientos de corchetes. Por lo tanto, tenía que poner entre un millón e infinitos corchetes cada día.

Pero uno de esos días llegó una nueva corchetera. En la caja decía: «Ultra Mega Corchetera. Corchetea hasta las corcheas». Mi tío Erasmo se quedó mirando la caja admirado, le brillaban los ojos de felicidad. «Manéjese con máxima precaución», decía en la parte de atrás de la caja, pero parece que esa parte no la leyó mi tío Erasmo.

Sacó la Ultra Mega Corchetera con los dos brazos. Apenas se la podía de tan pesada que era. Juntó más de mil hojas para corchetearlas todas juntas. Puso todo en el suelo, listo para la corcheteada más grande del mundo.

Entonces se preparó. Tomó aire y corrió para saltar sobre la Ultra Mega Corchetera y las mil y una hojas, pero se tropezó con los cordones de sus zapatos, que había olvidado amarrar, y se corcheteó el dedo gordo del pie.

Ahí mi tío Erasmo dijo una palabrota tan gigantescamente gigante, que duró todo el viaje en la ambulancia, y aun cuando llegaron al hospital, todavía no terminaba de gritarla.

A todo esto, el personaje secundario aprovechó el pánico y hasta se subió a la ambulancia.

El señor de la camilla lo miró extrañado.

—¿Y quién es usted? —le preguntó.

—Soy Segundo.

—Le pregunté cómo se llama, no en qué puesto llegó.

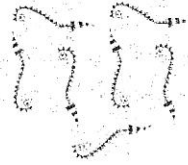
—Mi nombre es Segundo —respondió el bigotudo.

—¿Y no tiene apellido?

El personaje secundario se puso rojo, tan rojo como la sirena de la ambulancia, que sonaba tan fuerte como la palabrota de mi tío Erasmo.

—Mi apellido es Lugar, me llamo Segundo Lugar, pero mi mamá me dice Segundito.

Sexo



Sexo es una palabra que pone sumamente nerviosos a los adultos, especialmente a los papás y a las mamás. Y más si la dices tú. Si andas diciendo la palabra sexo, tus papás van a poner cara de haber visto a un fantasma. Peor aún, si escribes la palabra sexo, ahí tus papás van a quedar con cara de fantasma ellos mismos.

Lo raro es que sexo debería ser una de las palabras más normales. De hecho, si les preguntas sobre sexo a tus papás, lo primero que te van a decir es que «el sexo es algo muy normal», pero al mismo tiempo que digan eso, van a saltar de sus asientos y se van a zangolotear como si les estuvieran picando pulgas por todo el cuerpo. Eso no es normal, así que algo hay con todo esto del sexo que los pone sumamente nerviosos.

La palabra sexo es tan normal, que si no existiera, tú mismo no existirías. Si no lo crees, le puedes preguntar a tus papás. Si no quieres que queden con cara de fantasma, les puedes decir que quieres saber «de dónde vienen los niños», aunque de todas formas

van a hacer gestos raros y van a poner cara de susto, como si estuviera ocurriendo un terremoto.

Otra de las palabras que los adultos usan para no decir sexo es la palabra reproducción, especialmente los profesores. Ahí salen con excusas y te dicen que no es lo mismo, porque puede haber reproducción asexual y un montón de cosas más, pero la verdad fundamental es que les da vergüenza decir sexo.

Precisamente eso fue lo que hizo la señorita Gerundia, mi profesora. Nos dio de tarea que hiciéramos una disertación sobre la reproducción humana, o sea que habláramos de sexo. Yo estoy seguro de que lo hizo porque no se atrevía a hacer esa clase ella misma.

—Papá, mañana tengo que hablar en el colegio acerca de cómo vienen los niños al mundo —le conté, usando la técnica más suave y con la que se supone que los papás menos se espantan.

Él estaba leyendo el diario con el televisor encendido, pero cuando me escuchó dio un salto y tiró el diario lejos, tanto que le cayó encima de la cabeza a mi tío Erasmo, que estaba leyendo el cuerpo de deportes.

—¡Uy, qué tarde es! —dijo mi papá, mirándose la muñeca, y eso que no tenía el reloj puesto—. Tengo que llevar el auto a la revisión técnica —agregó, mientras hacía como que buscaba las llaves del auto en los bolsillos de su camisa y

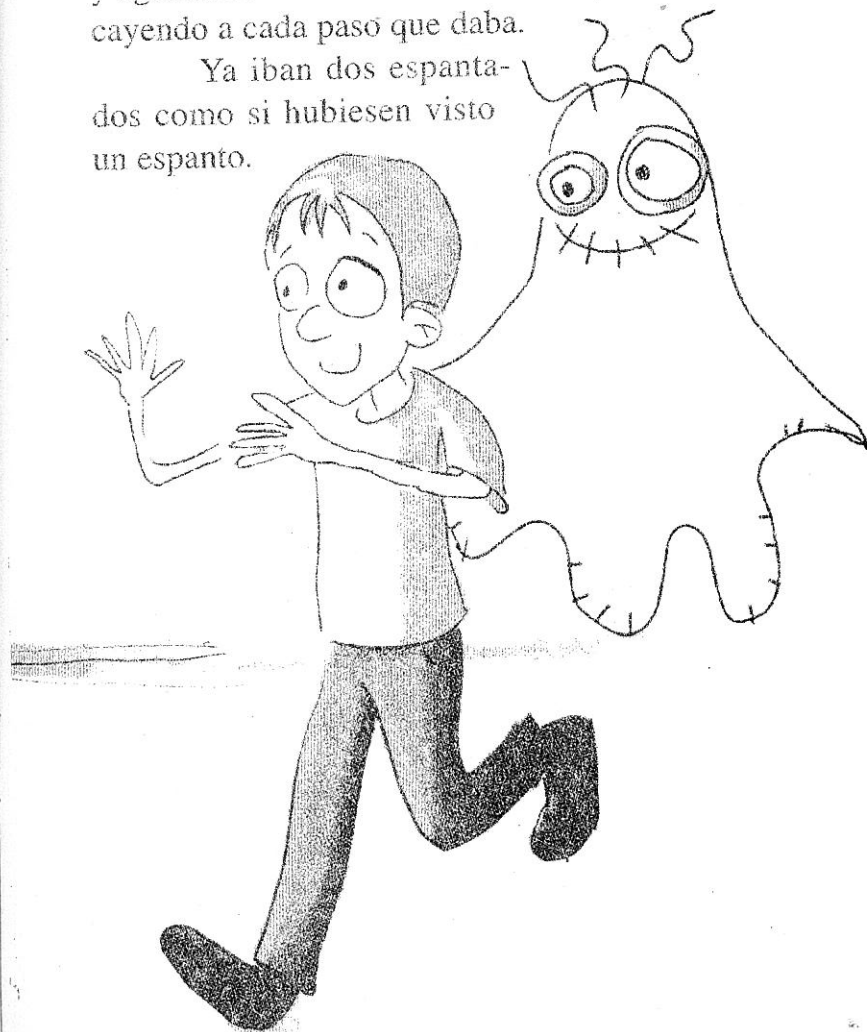
de su pantalón, y eso que estaba con camiseta y traje de baño, y ninguno tenía bolsillos—. Erasmo, ayuda a Lucas con eso de su tarea para el colegio —terminó de decir, en el momento en que cerraba la puerta y salía despavorido corriendo por la calle, pero sin subirse al auto.

Mi tío Erasmo me quedó mirando desde abajo de los diarios que tenía encima de la cabeza.



—¡Uy! —puso cara de dolor—. Parece que me cayó mal el yogur natural que me comí de postre. Tengo que ir al baño urgente. Avísale a tu mamá que voy a estar ocupado varias horas y aprovecha de preguntarle eso que te pidieron del colegio —y se fue caminando, medio encorvado y agarrando un montón de diarios, que se le iban cayendo a cada paso que daba.

Ya iban dos espantados como si hubiesen visto un espanto.



—Mamá, mañana tengo que disertar acerca de sexo —ya me había aburrido de usar palabras suaves que, de todas formas, no resultaban.

Ella estaba poniendo una sandía gigante encima del mesón de la cocina. Cuando me escuchó se le resbaló, chocó contra la mesa, se partió y salpicaron pedazos muy rojos de sandía por todos lados, incluyendo la cara de mi mamá.

—¿Qué? ¿Sobre qué? —me preguntó, pero no alcancé a responder, mientras ella se limpiaba las manos con el trapo a toda velocidad—. ¿Acaso eso no se supone que te lo tiene que enseñar tu profesora, la señorita Gerundia?

—Ella dijo que teníamos que preguntarle a nuestros papás —le respondí.

—Mira la vieja astuta —la alcancé a oír que murmuraba, mientras limpiaba el cuchillo con el paño lentamente. En su cara se deslizaban hacia abajo los pedazos rotos de sandía y corría el jugo rojo por sus mejillas. Después levantó una ceja y sonrió con cara de esperanza.

—Y a tu papá, ¿le preguntaste? Yo estoy un poco ocupada preparando la comida.

—El papá ya se escapó de la casa y el tío Erasmo se escondió en el baño.

Mi mamá le enterró el cuchillo hasta el fondo a la sandía, y creo que la oí decir «cobardicas».

—Está bien, siéntate y pon atención —me pidió, y siguió cercenando la sandía como una

verdadera samurái profesional. Al parecer, no le importaba mancharse con los chorros rojos que salpicaba la pobre fruta.

Entonces comenzó a explicarme.

—La sexualidad es algo totalmente normal —dijo, como si yo no supiera que era lo primero que me iba a decir—. Pero para eso hay que ser adultos. Como tu papá y yo, ¿comprendes? —dije que sí con la cabeza, mientras me comía los pedazos de sandía que aterrizaban en la mesa donde yo estaba—. Como nosotros nos queremos mucho, decidimos casarnos —ahí se dio media vuelta y quedó mirándome un instante, con el cuchillo levantado en la mano, el delantal todo manchado y el jugo rojo escurriendo por su cara. Luego, volvió a girar para seguir apuñalando a la sandía.

—Bueno, como nos queremos mucho —repetió, y cambió el tono a uno parecido al que usaba cuando me contaba cuentos antes de dormirme—, entonces, un papá le da un beso a una mamá —no tengo idea por qué se puso a hablar del papá y la mamá como si fueran otras personas— y entonces, ahí, el papá pone una semillita en el vientre de la mamá. Entonces, la barriguita de la mamá crece y crece —dijo ya francamente como entonando una canción de cuna— y nueve meses después nace un niño. O una niña. En el caso de ustedes fue primero tu hermana la Maite, después tú y ahora le tocó el turno a la Catinca. ¿Recuerdas que fuiste a vernos a la clínica?

Yo volví a decir que sí con la cabeza. Por supuesto que me acordaba de mi hermana Catalina, si nació hace sólo seis meses.

Cuando empezó el discurso de «a todos los queremos por igual, porque cada uno es especial», me bajé del banco, le dije ¡gracias! y me fui corriendo a mi pieza. Ya sabía todo lo que necesitaba saber. Estaba listo y preparado. Hasta podría decirse que era un experto en sexo.

Esa noche hubo puré de sandía de postre. Cuando Maite, mi hermana mayor, estaba a punto de reclamar, se dio cuenta de que mi papá, el tío Erasmo y yo comíamos en total silencio y contemplando el plato. Entonces miró a mi mamá, que todavía tenía una pepa de sandía pegada en la mejilla, y comprendió en un segundo que tenía que tragar sin chistar.

A la mañana siguiente, en el bus camino al colegio, me fui sentado con Horacio, como siempre desde primer año.

—¿Estudiaste para la disertación sobre... tú sabes... lo de los niños... que nacen? —me preguntó.

—Tranquilo, Horacio, lo sé todo —le respondí—. Además, todos los niños nacen, ¿o no? —le pregunté por las dudas, porque Horacio es el mejor alumno del curso.

—Sí. De muchas formas diferentes, pero de que nacen, nacen —me respondió mirando al suelo y apretando el paquete de pañuelos de-

sechables que su papá lo obliga a llevar para todos lados, porque dice que las servilletas del colegio son un asco. Del papel higiénico ni hablar, porque su papá no lo deja ir al baño del colegio. Si tiene ganas, tiene que llamar por teléfono y su papá lo va a buscar para que haga en la casa.

Entramos a la sala, nos sentamos, después entró la señorita Gerundia, nos pusimos de pie para saludarla y nos volvimos a sentar, para ver a quién le iba a tocar ser el primero en ponerse de pie de nuevo para disertar.

—Muy bien —dijo la señorita Gerundia, con su voz un poco gangosa, mientras revisaba la lista del curso con sus ojos a un centímetro del papel, y eso que usa unos anteojos que si me los pusiera yo, seguro podría ver hasta las bacterias del papá de Horacio—. Espero que hayan estudiado para su disertación de hoy.

Yo dije que sí con la cabeza, agitándola de arriba a abajo, sonriendo y al mismo tiempo susurrando ¡sí, sí, sí! Pero ella no se dio cuenta, porque seguía rascando la hoja con su uña roja, lentamente, como si fuera un bisturí sobre la piel de un cadáver, y ella la encargada de la morgue.

—Me imagino que no hay ningún voluntario. O acaso alguno, que no sea el alumno Horacio Toro, se atreve a venir...

No alcanzó a terminar cuando me vio con el brazo estirado, sujetándomelo con el otro para que lle-

gara más arriba y sacudiendo la mano tan rápido como los perros mueven la cola cuando llega su dueño.

— ¡Miren qué sorpresa! — dijo la señorita Gerundia—. El alumno Lucas Pardo, por primera vez, quiere presentarse voluntariamente — y tenía razón, porque yo nunca había sido voluntario en la historia mundial, o al menos en mi historia escolar—. ¿Está seguro, señor Pardo?

— ¡Sí, sí, sí! — le respondí yo, ya poniéndome de pie.

Ella entrelazó los dedos y apoyó los codos sobre su escritorio.

— ¿Y usted sabe cuál es el tema que toca hoy, señor Pardo?

— Sexo — respondí.

— ¡No! — gritó ella, y se puso a refregarse en el asiento, como si le picaran pulgas en el trasero—. ¡Digo, sí! ¡O sea, no! ¡O sea, sí! — arrugó enteró el listado de la clase—. Lo que quiero decir es que el tema de hoy es «la reproducción humana» — terminó de decir, mientras se enderezaba y estiraba la hoja del curso—. Adelante, joven, pase al frente.

Yo estaba feliz. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, bueno, en realidad no tanto, tampoco hay que exagerar, pero era una sonrisa muy grande. Por primera vez iba a poder lucir mis conocimientos frente a mis compañeros y frente a la señorita Gerundia, que a pesar de ser chillona y

mandona, es buena gente. Iba a ser el alumno estrella, y todo gracias a mi mamá. Me lancé con todas las ganas del mundo a explicar lo que mi mamá me había explicado a mí.

— La reproducción humana no es como la reproducción asexual, porque esa es como la de las fotocopiadoras o los escáneres, que pueden reproducir iguanas verdes. Para la reproducción humana se necesitan dos adultos, un papá y una mamá. Para la reproducción humana, el papá le da un beso a la mamá, y como la quiere mucho, no le da asco y se lo da en la boca, como esos de la televisión. Tampoco le da asco que ella pueda tener bacterias o pedazos de sandía en la cara. Tampoco le da miedo que ella ande todo el día con un cuchillo filudo de samurái profesional, de esos que venden en la televisión. Entonces, el papá pone una semilla dentro de la mamá... en su... — iba tan bien hasta ahí, pero se me olvidó la palabra que me había dicho mi mamá. Me acordaba que era que el papá ponía una semilla en su... ¿Cuál era la palabra? ¡Ay, no! No puedo arruinar mi disertación perfecta por culpa de una sola palabra. ¿Por qué la vida real no es como los libros, en donde uno puede retroceder las páginas y buscar lo que se le olvidó? ¿Cómo era la palabra? Terminaba en «te»... Sí, terminaba en algo así como «ente». El beso en la boca, la semilla y algo terminado en «ente». Ahí fue que me acordé, fue

como un milagro. ¡Sí, sí, sí! ¡Cómo no lo había entendido antes, si era tan fácil! ¿Dónde se puede poner una semilla en la boca? ¡Obvio! —. ¡Diente! — grité, con todas mis fuerzas y seguí con mi impecable disertación—. El papá le da un beso a la mamá en la boca y le pone una semilla en su diente. Entonces, después, ella se lo escarba. Hay muchas formas diferentes para nacer en la reproducción humana. Puede ser que ella la hurguetee con la lengua o la rasque con su uña, pero lo importante es que sea semilla de persona. No puede ser semilla de sandía, porque ahí nacerían niños sandía y no niños persona. El asunto es que, finalmente, la mamá se la traga y se le va a la panza. Ahí crece, crece y crece, pero nunca resulta bien, porque siempre hay que ir a la clínica, como en la televisión. Y así es como vienen los niños al mundo y eso es de lo que se trata la reproducción humana.

Entonces miré a mi curso triunfante. Estaban todos en silencio, paralizados, con la boca abierta y los ojos redondos. Se me hizo un nudo en la garganta. En ese momento de horror giré la cabeza y me atreví a mirar a la señorita Gerundia, que estaba tan blanca como si hubiera visto a un fantasma, o ella misma fuera el fantasma de la señorita Gerundia. Mis rodillas se pusieron a temblar. Después de un rato interminable, mi profesora respiró hondo y me habló.

—Y usted, alumno Pardo, ¿de dónde sacó semejante explicación?

Yo respondí lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿De la televisión?

Ella apretó sus labios pintados de rojo, sacó su lápiz rojo y se puso a escribir en la arrugada hoja del libro de clases, con sus dedos con uñas rojas.

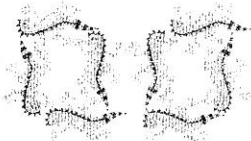
—Señor Lucas Pardo —me dijo, mirándome con sus anteojos de rayos X—, ahora vaya a Inspectoría y lleve esta papeleta para citar a sus apoderados para que vengan mañana a hablar conmigo y con el señor director.

Inspectoría, papeleta, citación de apoderados, ¡director! —oía esas palabras en mi cerebro, mientras la señorita Gerundia me pasaba el papelito llamado papeleta.

Tenía fatiga, mi cara parecía como de fantasma, me faltaba aire para respirar, estaba con el estómago revuelto y sentía como si me picaran pulgas por todo el cuerpo.

Ahora comprendo lo que les pasa a los papás cuando uno dice la palabra sexo.

Enamorarse



Los adolescentes son una cosa muy rara, porque no son ni niños ni adultos. Es decir, ya no juegan a cosas entretenidas, pero tampoco pueden manejar o viajar a otros países sin permiso. Tienen cuerpo de adultos, pero cerebro de niños. Es decir, son un poco mutantes. Duermen durante el día para salir en la noche. Es decir, son completamente mutantes. Quizás por eso se ponen idiotas. Quizás por eso se ponen tan hediondos, porque están podridos. Yo he oído que a veces dicen «me siento podrido por dentro». Tal vez tienen razón.

Lo bueno es que algunas mujeres se ponen bonitas. Mejor dicho, la Lía se puso linda. La Lía es la hermana mayor de mi vecino y mejor amigo, Horacio. La Lía se puso alta y se le alargaron las piernas, le creció su pelo liso y también le crecieron... bueno, como dice mi mamá, «ya está hecha toda una mujercita».

A pesar de que son hermanos, la Lía y Horacio no viven en la misma casa. Eso es porque sus papás tampoco viven en la misma casa.

Ella vive con su mamá y Horacio vive con su papá. Eso es porque sus papás están enojados o no se llevaban bien o algo parecido. Yo pienso que quizás podría quitárseles el enojo. También pienso que, tal vez, antes no se llevaban bien, pero podría ser que ahora sí.

A mí me gustaría que los papás de Horacio volvieran a vivir juntos, así la Lía volvería a ser mi vecina. Especialmente ahora que está tan linda y yo la amo con todo mi amor. Pero, por ahora, la Lía viene un fin de semana y al fin de semana siguiente es Horacio el que va a alojar a la casa de su mamá. Yo creo que Horacio también quiere que sus papás vuelvan a vivir juntos, pero cada vez que sale el tema, él se pone triste y no habla más, así que yo prefiero quedarme callado.

Este fin de semana iba a ser fabuloso. Primero porque la Lía vino adonde su papá, pero además porque la Maite, mi hermana mayor, la invitó a dormir a mi casa. Entonces yo pedí permiso para invitar a Horacio y mi mamá dijo que sí. Esta sería mi gran oportunidad para decirle que la amo con todo mi amor y que nos casemos.

Tocaron el timbre y yo fui corriendo, listo y preparado para decirle «Lía, te amo con todo mi amor, así que casémonos». Pero cuando mi mamá abrió la puerta, ella se lanzó y me levantó para abrazarme. Yo ya no daba más de felicidad, porque me imaginaba que ella se me había adelanta-

do y me iba a declarar su amor con todo su amor y me iba a pedir matrimonio. Pero lo que dijo fue muy distinto.

—¡Hola, mi niñito pequeñín, mi nene flacuchento, mi ratoncito regalón!

Ha sido lo peor que me han dicho en toda mi vida. Me sentí podrido por dentro. Especialmente por lo de «ratoncito regalón», esa fue la parte más humillante.

Casi no me dan ganas de seguir, pero como se trata de aprender a domesticar a los papás, hay que estudiarlos, y para eso hay que conocer también a estos mutantes, mezcla de niños con adultos, llamados adolescentes.

En la noche, mi mamá hizo de postre helado de jazmín, que es mi favorito y el favorito de Horacio y el favorito de mi hermana Maite. Y también el favorito de esa mala mujer que mi hermana invitó a alojar. Mi papá y mi tío Erasmo no cuentan, porque su favorito es cualquier cosa que se pueda comer. Mi mamá tampoco cuenta, porque fue ella la que lo preparó. De hecho, después de un rato en que tragábamos en silencio, cantó su típica frase para que la felicitemos por lo bien que le quedó la comida.

—No escucho na-da... —entonó, poniendo énfasis en «na» y después bajó una nota para decir «da...», dejando los puntos suspensivos intencionalmente, para que nosotros dijéramos al-

go. Horacio fue el que habló, al mismo tiempo que se relamía los labios de gusto.

—¡Estaba delicioso! —dijo sonriendo—. Usted cocina como una verdadera hada madrina.

Horacio siempre dice lo correcto porque, como su papá es genio, está acostumbrado a oír oraciones inteligentes todo el día.

Después nos fuimos a acostar. Cuando ya teníamos puesto el pijama, vino mi mamá a darme el beso de las buenas noches y también le dio un beso de las buenas noches a Horacio.

—Que duerman muy bien los dos —nos dijo—. Y Horacio, ya sabes, si necesitas cualquier cosa, me avisas y listo.

—¡Muchas gracias! —respondió él—. Que tenga lindos sueños usted también.

Mi mamá sonrió y se fue. Nosotros nos quedamos en silencio, Horacio en el camarote de abajo y yo en el de arriba. Normalmente el de abajo es el mío, pero normalmente Horacio se cae al suelo mientras duerme, cada vez que viene a alojar. Así que preferimos que durmiera en el de abajo, para que no se machucara.

—¡Mira, quiero decir, oye! —me dijo desde abajo.

Escuché con atención y se sentían las voces de mi hermana y de mi ex amada en el dormitorio de al lado. Al oír su voz volví a amarla con todo mi amor, pero no sé si ahora aceptaría casarme

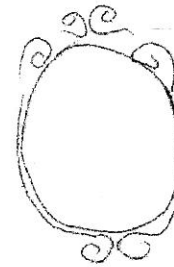
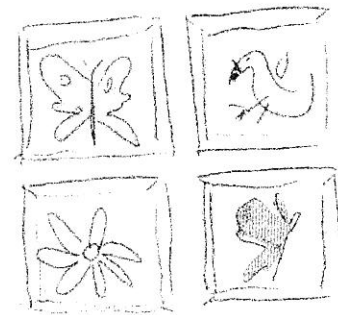


con ella. Tal vez cuando seamos más grandes y ella haya madurado.

— Si pegamos la oreja a la muralla se puede entender lo que dicen — le expliqué a Horacio.

Así que nos pusimos a espiar lo que conversaban.

— *Lía, amiga, no vale la pena sufrir por un hombre* — se escuchó la voz de mi hermana.



«¡Sufre, sufre!», pensé, porque a pesar de que la amaba de nuevo con todo mi amor, yo igual seguía despechado. «Ahora te das cuenta de tu error conmigo. ¡Arrepiéntete, mujer! Arrepiéntete de haberme tratado de ratoncito regalón», seguí pensando, con la oreja aplastada en la pared. «Está bien, podremos casarnos y tener hijos, ¡pero yo seré el que elija sus nombres!», pensé, para terminar.

— Shhh — hizo Horacio. Al parecer, yo estaba pensando en voz alta sin darme cuenta.

Entonces volví a poner atención a lo que decían en la otra pieza.

— *Nada va a ser como antes, se rompió la amistad* — dijo mi Lía amada. Me dio hasta un poco de lástima y ganas de ir a consolarla, pero para eso tenía que bajarme de la cama de arriba y preferí seguir espiando.

Por suerte no fui corriendo al dormitorio de al lado, porque habría hecho el ridículo máximo. Resulta que no estaban hablando de mí, sino de un compañero de colegio de ellas, al parecer el supuesto mejor amigo de mi Lía. Y resulta que este sujeto mutante le había declarado su amor, pero no le había pedido matrimonio, sino que noviazgo o algo así. Yo me puse triste porque otro le hubiese declarado su amor antes que yo. Pero después me puse feliz porque ella le dijo que no y hasta estaba enojada con él, porque el mutante «había confundido los sentimientos», según las propias palabras de la Lía. Pero al final, el pobre mutante me dio lástima porque se quedó sin amiga y sin amada. Así que de hijos, ni hablar.

— *Tienes que lograr salir adelante* — siguió aconsejando mi hermana—. *Todas te apoyamos.*

Ahí supe que la Lía no había querido entrar a clases porque se había quedado llorando en

el baño. Me dio una envidia horrible que llorara por el mutante y no por mí.

— *Tienes razón, amiga* — respondió mi más o menos amada—, *tengo que seguir adelante con mi vida.*

— *Cuando la profesora no quiso entender que tú tenías una crisis* — dijo mi hermana—, *entonces todas le dijimos que era una injusta.*

— *¿En verdad?* — preguntó la Lía, creo que sollozando un poco.

— *Sí, con decirte que la Mane, la Maca y la Laki le dijeron que ellas también estaban con depresión, igual que tú. La Fran y la Gabi le juraron que, cuando llegaran a sus casas, les iba a dar un ataque de pánico. Y la Sole tuvo que llevar a la Ceci a la enfermería porque se sentía podrida por dentro. El lunes va a faltar más de la mitad del curso.*

— *¡Gracias, en verdad son buenas amigas!* — dijo mi agradecida pero un poco egocéntrica amada.

Me di cuenta de que los adolescentes hablan como los grandes, pero no como los adultos de verdad, sino como los de las teleseries.

Después apoyé la cabeza sobre la almohada y me quedé pensando. Me imaginé una teleserie donde la Lía estuviera triste y abandonada, con su pelo liso sobre la cara. Entonces llego yo, con una mano le arreglo el pelo y la otra la pongo sobre su mejilla. Al verme, sus ojos brillan de

felicidad y me abraza. En esta teleserie somos del mismo porte, incluso yo soy un poco más alto. Ahí viene su parlamento final. «Lucas, amado mío, tú sí que eres un hombre de verdad, no como esos otros mutantes», y nos damos un largo beso de teleserie. Me dio hasta un suspiro de felicidad y me sentía como flotando, no porque estuviera en el camarote de arriba, sino por el efecto del amor verdadero y de verdad.

Normalmente miro las tablas del camarote de arriba, pero ahora miraba el techo, por lo del machucado de abajo. Que a propósito de él, se había quedado dormido, porque en ese preciso momento roncó como un animal salvaje.

—¡Horacio, Horacio! —le grité, pero susurrando—. ¡Despierta! ¿Acaso no comprendes nada del amor verdadero de verdad?

Él se dio media vuelta en la cama, medio despierto y medio dormido.

—Sí, tu mamá es la más linda del mundo.

—¡Qué!

Y sí, me caí de la cama, directo de cabeza al suelo. Y sí, quedé machucado, humillado y encojido, como un ratoncito regalón.

Mamás



Mi mamá es más o menos normal. O sea, quiero decir que es normal, pero no tan normal. Tampoco digo que sea rara, como si caminara agachada, arrastrando los pies y sin lavarse el pelo, pero la diferencia es que mi papá es sumamente normal. Se podría decir que mi mamá es normalmente normal. Como yo.

Cuando digo que se puede domesticar a los papás, por supuesto que también incluyo a las mamás. Las mamás también son papás. Pero hay que saber que las mamás son muy diferentes. Y no me refiero solamente a que son diferentes de los papás, que es algo obvio, porque tienen algunas partes más y les faltan otras. También son muy diferentes entre ellas.

La mamá de Horacio, mi mejor amigo desde que nacimos, se llama Verena y se enojó con el papá de él, por eso no viven juntos. A Horacio no le gusta hablar del tema, pero una vez me dijo que ella le había dicho que no era que estuvieran enojados, sino que eran incompatibles. Como si fueran programas de computación.

Ella tiene cosas buenas, como su auto deportivo que llega manejando a máxima velocidad, y cosas malas, como su mal genio. Y no me refiero al mal genio del papá de Horacio, que es un genio mal genio, sino a su propia personalidad enojona. Horacio dice que es porque es una mujer muy segura de sí misma, pero a mí eso me suena como que fue lo que ella le dijo, no lo que opina él en verdad. Más le creo a la Lía, su hermana mayor, a la que amo con locura y pasión. Una vez, espiando lo que conversaba con mi hermana mayor, la oí decir que era una bruja histérica.

De aspecto no parece bruja, porque no camina encorvada ni anda andrajosa ni ojerosa. Es bonita y usa ropa moderna para andar en su auto moderno a máxima velocidad.

La palabra histeria la busqué en el diccionario, pero casi no entendí nada de lo que decía. La explicación era rarísima, tanto como Verena, la mamá de Horacio. Salían frases como «conflictos psíquicos», «manipulación del entorno» e incluso hasta cosas de supuesta brujería que me dieron miedo.

Lo de los conflictos psíquicos sí lo entiendo, porque ella es «Psicóloga Clínica Experta en familias disfuncionales». Lo copié tal cual de la tarjeta que ella le pasó a mi mamá. Me pareció raro que hubiera escrito con mayúsculas la parte

de «Psicóloga Clínica Experta» y en minúsculas a las «familias disfuncionales».

Lo de la manipulación del entorno también creo que lo entiendo un poco. La vez que estaba espiando lo que la Lía conversaba con mi hermana mayor, la escuché decir que era una manipuladora.

—*Pero me voy a vengar de ella, te lo prometo, amiga* —le dijo a mi hermana—. *Voy a ser tanto o más manipuladora que ella misma. La voy a chantajear diciéndole que me voy a ir a vivir con mi papá y con Horacio, así ella se queda sola, que es lo que yo creo que siempre ha querido. Amiga, te prometo, todo el día anda diciendo: «¡Acaso no puedo tener un minuto tranquila en mi propia casa!». ¿Quería un minuto tranquila? Bueno, ahora va a tener todos los minutos que quiera para comprarse ropa cara y autos de lujo. No sé qué hacer, amiga* —ahí se puso a llorar y mi hermana la abrazó—. *¡No quiero llegar a ser nunca una mujer tan amargada como mi mamá!*

Cuando dijo eso, a mí se me apretó la garganta y me dieron ganas de llorar también. Yo nunca diría algo así de mi mamá o de mi papá. Estoy seguro que la Maite, mi hermana mayor, tampoco. La Catinca no sé, porque solamente tiene seis meses y todavía no tiene opinión de nada.

La mamá de Horacio tiene un auto deportivo de lujo y ropa de actriz de teleserie, pero es rara. Yo prefiero que mi mamá sea normal y que

comparta con mi papá nuestro auto estilo cacharro y hasta que use un delantal manchado con sandía si quiere.

Mi mamá es más o menos buena. Tampoco quiero decir que sea mala, así como para encerrar en una catacumba a alguien por no saber que la comadreja trompuda es un marsupial, pero lo que pasa es que mi papá es casi demasiado bueno. No sé si será malo ser demasiado bueno. Se podría decir que mi mamá siempre tiene la intención de ser buena, pero a veces se le enredan los sentimientos y se enoja y dice cosas malas, pero después se arrepiente. Como yo.

Mi mamá se llama Isabel y es muy diferente a la mamá de Horacio. A veces pareciera que a Horacio le gustaría que mi mamá también fuera su mamá, porque le sonrío todo el día y le da las gracias por cualquier cosa. La otra posibilidad es que esté enamorado de mi mamá con todo su corazón, lo cual es asqueroso, porque él es niño y mi mamá es mamá. Además, mi mamá ya está casada con mi papá, que es casi demasiado bueno. Yo jamás dejaría que mi mamá se casara con mi mejor amigo.

Mi mamá es trabajadora social. Eso significa que ayuda a las personas que tienen problemas, pero no es como la mamá de Horacio, porque no tiene ninguna tarjeta que diga que es experta en nada. Yo diría que es experta en senti-

mientos, porque es sumamente sentimental y siempre sabe lo que uno siente. Un tiempo después de que naciera mi hermana Catalina, mi mamá consiguió un trabajo de medio tiempo, que es como si un jugador de fútbol quisiera que lo pusieran a jugar solamente la mitad del partido. En realidad los adultos son extraños y mi mamá, a pesar de que es normalmente normal, al final también es un poco rara. ¿Como yo? Eso no lo he pensado todavía, así que no lo sé.

Mi mamá es casi el opuesto de la mamá de Horacio, lo cual no puede ser porque las dos son mujeres y mamás. Pero cuando conversan parece como si hablaran dos idiomas totalmente diferentes. Cuando mi mamá dice cosas como «hay que tratar de ver nuestro lado bueno», entonces la mamá de Horacio le responde cosas como «para conseguir mi equilibrio afectivo debo satisfacer mis necesidades emocionales, partiendo por mi proyecto de autorrealización». Es decir, la diferencia es que mi mamá usa palabras fáciles y la mamá de Horacio usa las difíciles, y además, que mi mamá dice mucho la palabra «nuestro» y la mamá de Horacio la que más usa es la palabra «mi».

Una vez, mi mamá dijo una palabra muy rara cuando yo le pregunté por qué los papás de Horacio no vivían juntos. Primero dijo un montón de cosas buenas acerca del papá y de la mamá de Horacio, pero al final vino la palabra difícil.

—También hay que entender que Verena es una persona muy autoexigente y el señor Toro es un poco misántropo.

Misántropo, esa era la palabra rarísima. Lo de autoexigente lo entiendo, porque la mamá de Horacio le exige a todo el mundo, incluyendo a su auto, al que le exige la máxima velocidad, y también se exige hasta a ella misma. Pero con la palabra misántropo cometí un error fatal, porque no la entendí y pensé que había dicho algo así como «Miss Antro Po». Entonces busqué en el diccionario y era triplemente fatal.

1) Miss: señorita ganadora de un concurso de belleza.

2) Antro: catacumba hedionda donde se juntan personas hediondas a hacer cosas malas.

3) Po: río más largo de Italia.

Entonces pensé que mi mamá era una insultadora máxima, porque había dicho que el papá de Horacio era una señorita y, más encima, ni siquiera Miss Planeta Galaxia, sino que reina de belleza de los hediondos. Lo que no entendí fue lo de Italia, porque mi mamá siempre ha dicho que es un país lleno de maravillas y que su sueño es viajar hasta allá. Además, en Italia el fútbol es lo máximo y los jugadores juegan el partido completo y comen tanta pizza que hasta tienen una torre de pizza.

Por suerte, después me di cuenta de que había dicho misántropo y no Miss Antro Po. Lo

busqué en el diccionario y decía que es una persona a la que le complica estar con otras personas. Eso suena más cercano a Segismundo Toro Bravo, el famoso genio mal genio y papá de Horacio. Aunque yo creo que, para ser exactos, las que se complican son las otras personas cuando están con él.

Fue bueno que no le alcanzara a decir nada a Horacio cuando yo creía que mi mamá opinaba que su papá era la reina de los hediondos. Tampoco le voy a decir ahora que mi mamá piensa que su papá tiene una especie de alergia a los seres humanos, siendo que él también es ser humano, supongo. Hay que tratar de ver nuestro lado bueno, incluso el de mañosos complicados o el de histéricas exigentes, tal como dice mi mamá.

Como mi mamá es trabajadora social, mi profesora, la señorita Gerundia, le pidió que fuera a conversar con todo mi curso, para que nos pusiéramos buenos y fuéramos obedientes para siempre.

Horacio estaba más peinado que nunca y era el más contento de todos. Tenía una sonrisa que hasta hizo que me dieran celos, y eso que yo veo a mi mamá todos los días.

—Les quiero hacer una pregunta —nos dijo mi mamá, parada al frente de la clase, vestida con su mejor ropa, que no es ropa de teleserie,

sino ropa normalmente normal, como ella—. La pregunta que les voy a hacer no es obligatoria. Si quieren la contestan, pero si no quieren, no —siguió, y la señorita Gerundia, que estaba sentada en su escrito-



rio, puso cara de sospecha—. Y tampoco hay una respuesta incorrecta. Cualquier cosa que quieran decir estará correcta —ahí la señorita Gerundia empezó a morderse las uñas rojas con sus dientes manchados con pintura de labios roja.

Mi profesora, la señorita Gerundia, no es mala persona, pero está acostumbrada a que



haya respuestas buenas y respuestas malas. Y a que cuando hace una pregunta es obligatorio contestar. Mi mamá la puso nerviosa.

—Tranquila, señorita profesora Gerundia —le dijo mi mamá, adivinando lo que sentía—. Haremos esta sencilla actividad con nuestros niños —mi mamá usa mucho la palabra nuestros— y quién sabe, tal vez nos ayude a trabajar mejor, pasarlo mejor y así estar todos más contentos.

Lo de trabajar mejor hizo sonreír a la señorita Gerundia, lo de pasarlo mejor nos hizo sonreír a nosotros, así que antes de que hiciera la pregunta ya estábamos todos contentos. Es buena en su trabajo mi mamá. Y eso que lo hace medio tiempo solamente.

—¿Quién quiere contarnos algo que haya hecho intencionalmente, pero de lo cual se arrepiente y le gustaría poder retroceder el tiempo para cambiarlo?.

La sonrisa se borró de nuestras caras. No sabíamos qué responder. Y eso que cualquier cosa que contestáramos estaría bien, inclusive si no queríamos responder nada. A veces las preguntas más fáciles son las más difíciles.

Yo pensé en las casi infinitas travesuras que había hecho, ¡pero era mi propia mamá la que estaba al frente! Así que se comprende que me haya quedado con los labios apretados y tan en silencio como podía.

Estábamos tan callados, que me hizo acordar del mito de la niña que vive en las catacumbas del colegio. Se supone que anda rondando por debajo de las salas, caminando encorvada, arrastrando los pies y con el pelo sucio. Algunos dicen que la han visto durante las pruebas, mirándolos por los espacios que quedan entre las tablas del suelo, con su ropa andrajosa, sus ojos ojerosos y su cara pálida. Dicen que es la que deja olor a humedad en las salas. Dicen que la encerraron por no saber que la comadreja trompuda es un marsupial.

En eso vi que Horacio había levantado la mano. Yo no creo que Horacio haya hecho nunca una travesura, porque siempre se porta sumamente bien. Quizás quería responder para dejar contenta a mi mamá, pero eso no podía ser, porque sería una travesura en sí misma.

—¡Horacio! —dijo mi mamá, sonriendo—. Muchas gracias por tu confianza. Por favor, cuéntenos.

Horacio, mi mejor amigo, se puso de pie para hablar.

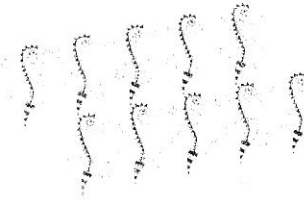
—El sábado pasado me enojé con mi mamá por irse de la casa y le dije que mi hermana Lía había dicho que era una mujer amargada y una bruja histérica y que se iba a quedar sola, porque la iba a abandonar igual que ella nos abandonó a mi papá y a mí.

Entonces volvió a sentarse.

La señorita Gerundia se tapó la boca. Mi mamá estaba parada muy quieta. Seguía sonriendo, pero los ojos le brillaban y yo vi cuando le cayó una lágrima por su mejilla.

Horacio es mi mejor amigo y yo quiero ser el mejor amigo de él.

Vergüenza



Mi mamá no es caníbal, pero quiere comerse a mi hermana menor. Y la pobre tiene tan solo seis meses, así que no sabe nada de la vida y todavía no opina. Es vergonzoso reconocer que la propia madre de uno es un ser depredador, pero yo lo he presenciado en vivo y en directo.

—¿Quién es la niña más deliciosa? —le pregunta cuando la está mudando—. ¡Eres tan rica que me dan ganas de comerte, no lo puedo evitar! —ahí está la prueba irrefutable. Y después la empieza a mordisquear—. ¡Te como la panza! ¡Te como un brazo! ¡Te como una pierna!

Mi hermana chica se llama Catalina, pero le decimos Catinca. Lo más increíble es que ella parece disfrutar con este brutal juego de despedazamiento, porque se ríe a carcajadas. Se nota que no sabe nada de la vida. Quizás es de aburrída, porque son muy pocas las cosas que sabe hacer. Sabe comer, ensuciar sus pañales, llorar y dormir. Lo que come es leche, que la toma directamente de mi mamá, y lo hace a máxima potencia. Mi

mamá dice que es una niña con un apetito voraz. Tal vez el plan secreto de la Catinca es comerse a mi mamá, antes de que mi mamá se la coma a ella. Lo de los pañales es un asco y yo prefiero ni mirar, pero el olor se reparte por toda la casa. Eso debe venirle por parte de mi tío Erasmo, que es un campeón mundial de la hediondez. Para llorar es una experta, porque siempre lo hace con alaridos de araña gigante.

Lo de dormir es el gran problema. Duerme casi todo el día, como los adolescentes mutantes, pero en la noche se despierta llorando a gritos al máximo volumen. Yo no la oigo, pero mis papás sí. Al día siguiente los mutantes son ellos, porque se levantan con ojeras y gruñendo de mal humor. Es decir, mi hermana de seis meses tiene el poder de transformar en mutantes a mi mamá y a mi papá. La comprendo, porque si yo supiera que al día siguiente van a tratar de comerme con voracidad, también gritaría como marrano y, si tuviera los poderes, también los convertiría en mutantes o zombis o lo que fuera. Y no me daría nada de vergüenza.

En resumen, mi hermana Catinca le absorbe su leche a mi mamá y la deja con mucho sueño. Pero después le absorbe el sueño, porque la despierta con su llanto y la deja de mal humor. Pero después le absorbe el mal humor, porque a mi mamá le da ternura y la deja quedarse en su

cama. ¿Y qué hace? Le da más leche. Así de enredada es la maternidad.

El sábado vino mi vecino Horacio con su papá, pero no vino su hermana mayor, lo cual fue muy triste, porque yo la amo con frenesí. El que sí llegó fue el culpable, un adolescente mutante que se le declaró primero a la Lía, mi amada, pero como no le resultó, entonces le declaró el mismo amor a mi hermana Maite, que sí lo aceptó y ahora son algo así como novios. En resumen, mi hermana fue el premio de consuelo de un mutante. Qué vergüenza más grande. Y lo peor es que ahora mi hermana y la Lía están peleadas hasta el fin de los tiempos, sin vuelta atrás.

El mutante era realmente feo. Tenía cara de niño, pero era flaco y más alto que todos los de la casa. Parecía como si un niño normal se hubiera colgado de la rama de un árbol nativo, pero se hubiese derretido con el sol, quedando alargado y lleno de espinillas.

—¡Qué espanto! —dijo mi tío Erasmo cuando lo vio entrar—. ¡Pero qué niño tan feo!

Mi mamá lo hizo callar y le pidió que no la hiciera pasar vergüenzas.

—Pero basta con mirarlo, ¡si es muy feo!

Mi mamá lo hizo callar de nuevo, pero ahora con su mirada de relámpago, que usa solamente cuando es extremadamente necesario.

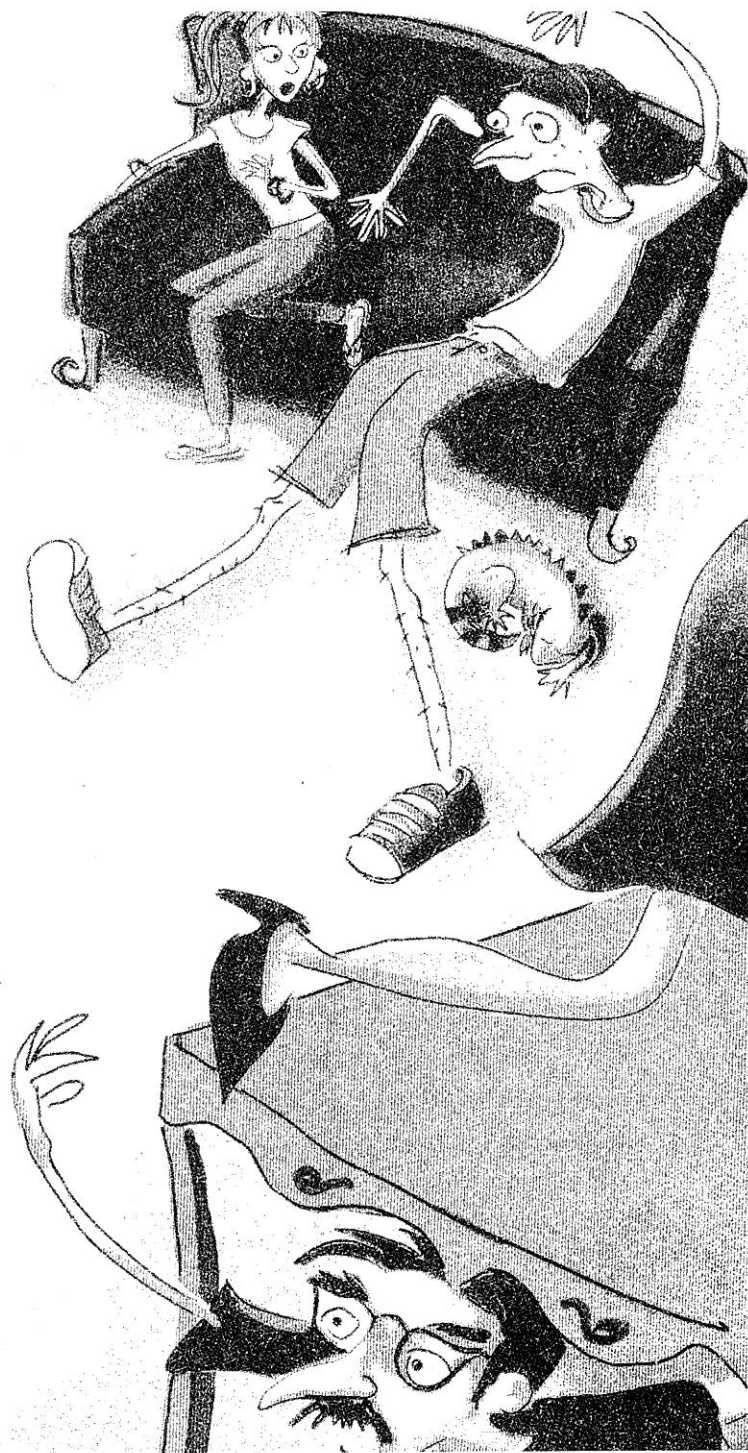
Ahí llego mi hermana Maite a abrazar al



adolescente que parecía chicle derretido, por lo estirado y por lo rosado de sus espinillas.

El papá de Horacio estaba aconsejando a mi papá sobre cómo optimizar la casa para el invierno. Optimizar. Eso es lo que hace el papá de Horacio. Si algo está malo, él lo deja bueno. Y si está bueno, lo deja supersónico y atómico. Es un verdadero genio.

—Aislante e iluminación, esos son los secretos para ahorrar al máximo —le venía diciendo cuando entraron en la habitación—. Puertas y



ventanas bien selladas, lo que te explicaba del techo y ampollitas de bajo consumo. También puedes poner espejos, así reflejas la luz hacia distintas zonas. ¿Sabías que los egipcios y los griegos iluminaban de esta forma? Antorchas y espejos. Claro que ahora usamos ampollitas. ¿Y quién es ese niño tan feo?

— ¡No le digan más feo! — gritó mi hermana Maite.

— Pero es que es un espécimen muy desproporcionado — insistió el papá de Horacio.

— Lo mismo decía yo — murmuró mi tío Erasmo.

— Yo tengo una explicación — dije sonriendo.

— ¡Basta! — gritó mi mamá a todo pulmón, y con eso se despertó la Catinca y se largó a llorar, también a todo pulmón—. Basta. Nadie le dice feo a nadie. ¡Qué vergüenza! — después se calmó y se arregló el pelo—. Leo, por favor, ayúdame.

Mi papá, a pesar de llamarse Leo Pardo, es un señor muy normal. Por eso hizo lo más normal que se podría hacer con un adolescente chicle mutante. Le dio la bienvenida, pero no sé si a nuestra casa o a nuestro planeta.

— Buenas tardes, joven — le dijo.

Con el susto del grito de mi mamá, mi hermana Catinca ensució los pañales con tanta

potencia que los reventó. Así que el olor pestilente inundó toda la casa. Hasta el chicle mutante espacial puso cara de asco. Mi hermana estaba sentada junto a él en el sofá y le tomó la mano, tratando de mantenerse romántica.

— ¡Nadie habla nada hasta que yo vuelva! — se escuchó a mi mamá desde la pieza de mi hermana de seis meses.

Volvió instantáneamente, casi teletransportada. La tarde se estaba poniendo cada vez más psicodélica. Todos pusimos cara de habernos portado bien, mientras mi mamá verificaba nuestras miradas. Ella puede adivinar lo que uno siente, así que yo traté con toda mi fuerza mental de no sentir lo feo que era el chicle pegado a mi hermana mayor.

— Querida Maite — dijo mi tío Erasmo—. ¿Y esta cosa no tiene nombre?

— ¡Erasmo! — gritó mi mamá, al mismo tiempo que terminaba de ponerle un pañal nuevo a mi hermana menor—. ¿Qué fue lo que te dije? — lo reprendió.

— Yo no le he dicho feo — respondió mi tío Erasmo.

— ¡Basta! — gritó mi mamá y la Catinca subió aún más el volumen de su llanto y el extraterrestre psicodélico dio un salto en el sillón—. ¡Qué vergüenza, esto no tiene nombre!

— ¿En verdad no tiene nombre? — intervino el papá de Horacio.

Mi mamá se despeinó, se tapó la cara con las manos y se quedó resoplando, como un animal voraz a punto de atacar. ¿A quién se querría comer? Seguro que mi tío Erasmo, el papá de Horacio y la Catinca eran los principales candidatos. Pero cuando uno sufre el drama de tener una mamá más depredadora que las otras, nunca se sabe.

—Lolo —habló el chicle.

—¿Perdón? —dijo mi papá.

—Lolo —repitió el joven adolescente, que sufría el drama de ser mutante, chicle, extra-terrestre, destructor del amor verdadero de mí hacia la Lía y además feo.

—¡Eso no es un nombre! —dijo el papá de Horacio, muy furioso—. ¡Sí, estoy muy furioso! ¡Y en señal de protesta me meteré debajo de la mesa! —y ahí se quedó.

Mi mamá no dijo ¡basta!, sino que miró al chicle, intrigada. Hasta la Catinca enmudeció y observó con curiosidad.

—Me imagino que ese es tu apodo, ¿pero cuál es tu nombre real?

El chicle psicodélico pasó de rosado a rojo. Primero no quería decir nada y se puso a hacer pucheros, pero después habló con voz de marciano derretido.

—Es que me da vergüenza —dijo.

—«Es que me da vergüenza» —lo imitó mi tío Erasmo, dejó el diario a un lado y se puso

de pie—. ¿Cómo que te da vergüenza? Tienes que ser bien hombre si quieres andar de novio con mi sobrina. Mírate, eres más alto que todos nosotros y estás ahí enroscado como una manguera. ¡Siéntate derecho!

El marciano manguera se estiró al instante, incluso creció un poco más. A mí me encantó cómo lo puso en su lugar mi tío Erasmo. Pero me habría gustado más que hubiera sido mi papá.

—Laocoonte —susurró el pobre Lolo.

—¿Cuánto? —le dijo mi hermana Maite y le soltó la mano.

—Laocoonte —repitió.

—Perdona —dijo mi papá—, ¿pero qué clase de nombre es ése?

—Uno muy antiguo —dijo el adolescente incomprendido.

Entonces, el papá de Horacio gritó desde debajo de la mesa.

—¡Desconfío de los adolescentes aunque traigan regalos!

—Yo no traje ningún regalo —dijo el joven acusado.

—Tacaño —le dijo mi mamá, que ya se había aburrido de defenderlo.

—Me quiero ir —le dijo Laocoonte a mi hermana Maite—, tengo mucha vergüenza.

—Cobárdica —murmuró mi tío Erasmo.

En ese momento se me acercó Horacio y

me dijo un secreto al oído. Yo miré a mi mamá y me di cuenta de que era cierto.

—Mamá —le dije, apuntando hacia su pecho—, tienes manchado el vestido.

Ella se miró y era cierto. Tenía dos círculos mojados. Se le había pasado la hora de la comida de la Catinca y la leche se le rebalsó. Antes le había sucedido, pero no frente a tanta gente y menos frente a uno que se llamara Laocoonte. Por eso hizo un chillido de caníbal depredador. Mi hermana menor se volvió a asustar y se puso a llorar a nivel supersónico y ahora sí que hizo una bomba atómica. El pañal le cayó encima de la cabeza a Lolo y él se puso a gritar y dar saltos, como un mutante cobardica.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —gritaba mi mamá mientras zapateaba, chorreando leche, encima de la mesa donde estaba escondido el papá de Horacio.

—¡Arde Troya, arde Troya! —gritaba él desde abajo.

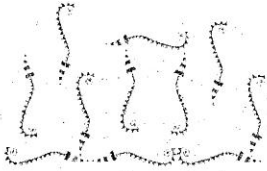
Mi tío Erasmo saltaba y bailaba de puras ganas que tenía de sumarse al alboroto. Mi papá seguía sentado en su silla. Laocoonte quiso escapar, pero al abrir la puerta se encontró con mi amada Lía, que venía preocupada por tanto ruido. Ella miró el desastre nuclear que teníamos y trató de dar una opinión lo más educada posible. Lo malo fue que el joven humillado pensó que se refería a él cuando habló.

—Uy —dijo Lía—, esto sí que está feo.

Entonces Lolo se puso a llorar y salió corriendo despavorido, para nunca jamás volver. Lástima, ya me estaba cayendo bien.

Al final, ordenamos y limpiamos todo. Mi mamá no se comió a nadie. Mi hermana Maite y mi amada Lía, a quien amo con delirio y pasión, volvieron a ser amigas hasta el fin de la eternidad. Yo le dije que estaba muy traumatizado y ella me acurrucó como si fuera su ratoncito regalón. Y no me da vergüenza.

Muerte



Mi vecino Horacio es enfermizo y enfermante. Es enfermizo porque se enferma de todo y enfermante porque uno se agota de la cantidad de veces que no puede salir a jugar porque está enfermo.

Mi mamá dice que puede ser que sus enfermedades sean nerviosas, porque los papás de Horacio se enojan mucho entre ellos. Yo creo que, si son nerviosas, también son contagiosas, porque a mí me enferma de los nervios esto de que sea tan enfermizo. Pero yo no podría enojarme con Horacio, porque es sumamente bueno y además es mi mejor amigo.

En invierno se enferma de los pulmones, en primavera le da alergia, en verano le da diarrea y en otoño le da nostalgia. Yo busqué la palabra nostalgia en el diccionario y no es una enfermedad. Significa echar de menos a alguien que uno quiere. Horacio echa de menos a su mamá, porque ella se fue a vivir a otra casa.

Un día que Horacio estaba sano se me ocurrió el tratamiento perfecto para sus enferme-

dades. Lo tendría todo el día haciendo lo más sano que un niño puede hacer: jugar. Por lo tanto, fuimos a la mansión de la tía abuela Amaranta Melania a andar en bicicleta en su comedor y a jugar con sus veintinueve iguanas verdes.

Después de dar cien vueltas alrededor de la mesa para cien personas, nos aburrimos de pedalear y fuimos a jugar a las escondidas con las veintinueve iguanas verdes en el bosque nativo que la tía abuela Amaranta Melania tiene en su jardín. Fue genial treparnos encima de tantos árboles nativos y a las iguanas verdes también les encantó el juego.

— ¡Ven, Horacio! — le grité desde la rama nativa más alta del árbol nativo al que me había subido —. ¡Desde aquí seguro se puede ver hasta Italia! — bueno, quizás no hasta Italia, pero por lo menos hasta el más allá.

Yo estaba tan feliz mirando, que hasta debo haber tenido los ojos saltones. Además, había un aroma a bosque muchísimo más nativo que el desodorante ambiental que mi mamá echa y que se llama «Aroma de bosque nativo». Como Horacio no respondía, di una ojeada hacia abajo y lo vi parado estático, mirando algo con los ojos saltones. No podía ser el más allá, así que seguramente era el más acá.

Cuando terminé de bajar del árbol nativo, caminé hasta donde estaba Horacio parado y vi lo

mismo que él estaba observando todo ese rato. Había un árbol nativo, pero eso no era lo que mirábamos. Del árbol nativo salía una rama nativa muy baja, que partía del tronco nativo a la altura de mi cintura y terminaba en el suelo, que no tengo idea si era nativo o del normal, pero eso tampoco era lo que mirábamos. Con sus brazos apoyados en la rama nativa estaba la tía abuela Amaranta Melania. Eso sí era lo que mirábamos. Ella estaba muerta.

Tenía una sonrisa grande y los ojos saltones, como si lo último que mirara hubiese sido algo que la pusiera sumamente feliz. Tal vez desde aquí abajo también se podía ver el más allá.

Las iguanas llegaron caminando lentamente y se subieron a la rama junto a su amada dueña. Catorce se pusieron a un lado, catorce al otro y una encima del pelo blanco de la tía abuela Amaranta Melania. Ver llorar a veintinueve iguanas verdes es algo muy impresionante.

Fuimos a llamar por teléfono a mi mamá, para que le dijera a su primo político, que es mi tío Erasmo, que su tía abuela política, que es la tía Abuela Amaranta Melania, ya descansaba en paz, pero que había que despejarla de la rama porque estaba muy tiesa.

Después caminamos, los que estábamos vivos, hasta la reja de entrada de la mansión, es decir, Horacio, yo y las veintinueve iguanas verdes huérfanas.

Mi tío Erasmo insistió en pasar al hospital a buscar una ambulancia, porque a veces pueden resucitar a las personas cuando están un poco muertas. Pero, en este caso, la tía abuela Amaranta Melania estaba muy muerta, mejor dicho, estaba totalmente muerta.

Mi tío Erasmo insistió en manejar él mismo la ambulancia a toda velocidad. Venía tan rápido, que cuando llegaron casi nos atropella a Horacio y a mí, pero alcanzamos a saltar encima de las rosas. Las iguanas verdes no alcanzaron y a ellas sí las atropelló con la ambulancia y salieron volando para todos lados. Ninguna murió, pero todas quedaron con heridas y quebraduras múltiples.

A la tía abuela Amaranta Melania les costó subirla, porque estaba muy tiesa, en la misma postura que estaba cuando la encontró Horacio, y con la misma sonrisa de felicidad y los mismos ojos saltones del más allá. En la mano derecha tenía empuñado un papel escrito, y el tío Erasmo tuvo que hacer fuerza para estirarle los dedos y lograr sacarlo.

El funeral fue muy triste y muy feliz. Entre todos les hicimos ropa de luto a todas las veintinueve iguanas verdes, huérfanas y machucadas. Se veían muy elegantes con sus sombreros de copa, pero era muy triste verlas tan tristes a ellas y tan machucadas, con vendajes, yesos y hasta tres en silla de ruedas.



Al entierro fueron personalidades muy famosas, incluyendo al señor Capiloberto Calvo padre, coleccionista amigo de la tía abuela Amaranta Melania, Capiloberto Calvo hijo, dueño de Laboratorios Calvo, y hasta el pequeño Capilobertito. Todos lucían orgullosos unas frondosas melenas colorinas y crespas.

Mi papá es un hombre muy normal, a pesar de llamarse Leo Pardo. Como es tan normal, hace cosas muy normales, como por ejemplo hablar. Por eso le pidieron que hablara en el funeral de la tía abuela Amaranta Melania. Mi papá es bueno para hablar, incluso cuando es un momento triste, como en un funeral, en donde todos tienen ganas de llorar o no saben hablar, como las iguanas verdes o mi hermana Catalina, que solamente tiene seis meses.

Y no solamente habló, también leyó. Lo que leyó fue el papel que la tía abuela Amaranta Melania tenía apretado en su mano y que tanto costó que soltara.

—«Hoy en la mañana desperté y supe que sería mi último día de vida. Quería tener un final feliz, así que caminé hasta mi bosque nativo y me apoyé en esta rama para mirar a mis queridas iguanas verdes jugando. A las veintinueve siempre las quise por igual, no tenía ninguna favorita» —en ese momento varias iguanas se secaron las lágrimas con los pequeños pañuelos

que les habíamos hecho—. «Pero ellas mismas saben que mi verdadero favorito fue siempre mi querido sobrino-nieto Erasmo, a pesar de todas las veces que lo reté por ser tan espantosamente flojo» —ahí mi tío Erasmo abrazó a mi mamá. Es la única vez que lo he visto llorar—. «A él le heredo mi edificio de cien pisos y mi mansión con bosque nativo en el jardín. Le pido que deje que Lucas vaya a jugar con sus amigos y que anden en bicicleta por donde quieran, inclusive en el comedor y hasta cien vueltas alrededor de la mesa. También le pido que cuide a mis veintinueve iguanas verdes, a las que espero nunca se les quiebre ni la punta de sus colas» —mi papá hizo una pausa mientras las iguanas se acercaban a abrazar las piernas de su nuevo dueño, incluso las tres en silla de ruedas—. «Para el resto de mi familia quiero que sus sueños se hagan realidad, pero ya estoy muerta, así que lo que podía hacer era dejarles mis millones. Revisen sus colchones, porque durante estos últimos años he estado sacando el relleno por una abertura secreta y los he repletado con billetes. Así que ahora son todos magnates. Posdata: soy la tía abuela Amaranta Melania, o mejor dicho, era».

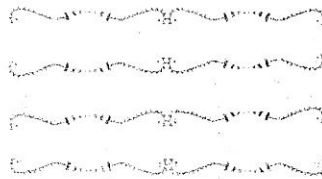
Entonces nos pusimos todos a bailar de felicidad. Nos abrazábamos y yo estaba tan contento pensando en que mi mamá podría cumplir su sueño de viajar a Italia y conocer el Vaticano.

Fue un funeral triste y feliz.

Horacio cambió para siempre y eso que no le llegó ningún millón, porque él no es pariente de la tía abuela Amaranta Melania. Yo pienso que todo sucedió cuando la encontró apoyada en su árbol nativo, con la sonrisa tan grande y los ojos saltones. Yo creo que fue la impresión de verla tan muerta y tan feliz. Ahora Horacio sonrío más, conversa más, juega más y nunca más se ha enfermado. De nada.

Cuando me acuerdo de la tía abuela Amaranta Melania, me da nostalgia.

¿Cómo funciona la humanidad?



Tus papás no te quieren todo el tiempo. Es decir, sí te quieren, pero no te quieren tener todo el tiempo. Me refiero a que no te quieren todo el tiempo al lado de ellos.

¡Es verdad! ¿Por qué crees que te mandan al colegio? Para que tengas una buena educación, sí, claro. Pero también para deshacerse de ti por un rato. Es lo mismo que nos pasa a todos, especialmente a los que somos hijos. A todos nos han dado ganas de que nuestros papás desaparezcan. No digo que les pase nada malo, sino que nos dejen tranquilos un rato para poder hacer cosas entretenidas, como jugar con iguanas verdes, o subirnos hasta la punta de un árbol nativo, o conversar acerca de la caca o del amor sin barreras.

Uno de sus trucos, cuando se aburren de ti, es llevarte donde tus abuelos o a la casa de tus amigos. Tú crees que ellos te hacen un gran favor cuando te dan permiso, pero al momento que te vas sienten un inmenso alivio y hasta se abrazan y bailan de felicidad. ¿Vas a soportar ese espectá-

culo? ¡Por supuesto que no! Por eso debes ser tú quien tenga la autoridad. Debes decirles: «Hoy les daré permiso para que se queden solos, así que llévenme rápidamente a jugar donde Horacio», o como se llame tu mejor amigo o amiga.

Pero, a pesar de todo esto, tus papás sí te quieren todo el tiempo. Lo que pasa es que a veces no saben qué hacer contigo. Les das miedo. No es que tengan miedo de que te los vayas a comer o algo así, a menos que seas un niño caníbal. Les da susto hacer las cosas mal y que no los quieras.

Por eso debes tenerles paciencia y perdonarlos cuando se equivocan. Total, todos nos equivocamos. Y si dices que no, estás mintiendo, porque te aseguro que cuando tenías seis meses de vida ni siquiera sabías hablar y debías usar pañales. Además, los despertabas llorando en medio de la noche y por eso al día siguiente andaban de mal humor y con ojeras. A veces pienso que los papás hicieron el horario del colegio tan temprano como una forma de vengarse por todas las horas de sueño que les absorbimos.

De todas formas, los papás se equivocan mucho. Por eso, una buena idea es anotar todas las cosas que no te gustan de tus propios papás, para que cuando seas grande no las hagas nunca con tus propios hijos.

Anotar las cosas importantes ayuda a despejar el cerebro. Es como volar en un avión con

destino a Italia y mirar las nubes desde arriba para abajo. Es como estar en el más allá, pero sin tener que estirar la pata. Se ve todo grande, inmenso.

Por lo tanto, el inmenso resumen es que, por un lado, existen las cosas que a uno le dan ganas de hacer y, por otro, están las cosas que son buenas. El gran problema es que, muchas veces, a uno no le dan ganas de hacer las cosas buenas, sino las otras. La gran solución sería que a uno le gustara hacer siempre las cosas buenas. Hay gente a la que eso le resulta muy natural. Y pueden ser niños o adultos. Se llaman personas buenas. O también pueden llamarse Horacio, como mi mejor amigo, o incluso Leo Pardo, como mi papá que, a pesar de su nombre, es un señor completamente normal.

Los que hacemos cosas malas no siempre somos malos. Por lo menos no muy sumamente malos. Lo hacemos sin mala intención, o por lo menos sin pésima intención. Somos algo así como malos buenos, porque tratamos de ser buenos, pero no nos resulta tanto. Peor sería que fuéramos buenos malos, porque eso significaría que seríamos expertos en hacer maldades, así a lo bestia. Tampoco se trata de que seamos unos animales, aunque sí somos animales, porque hasta tenemos primos primates.

El problema es que es difícil ser niño y además portarse bien, las dos cosas juntas y al

mismo tiempo. Tal vez la solución sería que uno fuera adulto. Pero sería muy raro ser papá de uno mismo. Otra alternativa sería que los papás fueran niños. Pero yo no soportaría que un niño me anduviera mandando todo el día y tener que aguantar sus niñerías.

La técnica está en ser suficientemente buenos. Por ejemplo, si haces varias cosas buenas, no contárselas a tus papás todas juntas, sino una por una. Si no, se malacostumbran y después ni te felicitan y mucho menos te dan un premio.

Uno no elige a sus papás como si fueran mascotas. Por eso a algunos les salen papás muy sumamente extraños y a otros les tocan papás totalmente normales, tan normales que llegan a ser raros. Pero, en el fondo, todo es muy fácil. Domesticar a tus papás no se trata de que hagan lo que tú quieras, sino de que sepan que tú los quieres. Incluso si tienes un papá Leo Pardo y una mamá caníbal.

Cuando ellos se vayan al más allá los vas a echar de menos y vas a tener nostalgia, que no es una enfermedad, pero duele. Por eso debes decirles que los quieres y quererlos con todo tu amor de niño de bondad infinita, ahora que los tienes en el más acá.

Así funciona la humanidad, más o menos.



Índice

Animales	11
¿Existen los papás normales?	16
Genio mal genio	23
Caca	28
Mascotas	35
Trabajo	39
Sexo	54
Enamorarse	66
Mamás	75
Vergüenza	87
Muerte	98
¿Cómo funciona la humanidad?	107
Biografía de la ilustradora	114
Biografía del autor	115